



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

VÍCTIMAS, VICTIMARIOS Y HÉROES: LA DIMENSIÓN SACRIFICIAL DE LAS
IDENTIDADES PROTAGÓNICAS EN DOS RELATOS DE ABELARDO

GAMARRA

Tesis para optar el título de Licenciado en Lingüística y Literatura con mención

en Literatura Hispánica

que presenta el Bachiller:

Eduardo Marchena Siverio

ASESOR:

Dr. Eduardo Francisco Hopkins Rodríguez

LIMA, 2013

ÍNDICE

Agradecimientos.....	4
Introducción.....	5
Estado de la cuestión.....	8
Capítulo 1: El orden cultural como sistema de diferencias.....	11
1.1 El Montonero: sistema de diferenciación entre el indio y el criollo.....	11
1.2 El Indefinido: sistema de diferenciación entre ciudadano de élite y marginal.....	17
Capítulo 2: Crisis sacrificial y crisis de la diferencia.....	29
2.1 El Montonero: raza y cultura.....	29
2.2 El Indefinido: la clase social.....	36
Capítulo 3: Del deseo mimético al doble monstruoso.....	50
3.1 El Montonero.....	51
3.1.1 El objeto de deseo.....	51
3.1.2 El sujeto.....	52
3.1.3 El modelo.....	55
3.2 El Indefinido.....	59
3.2.1 El objeto de deseo.....	59
3.2.2 El sujeto.....	60

3.2.3 El modelo.....	63
Capítulo 4: De la semejanza a la sustitución.....	66
4.1 El Montonero y los criollos chilenos.....	67
4.2 El Indefinido y los “vecinos anónimos chilenos”.....	71
Capítulo 5: Dualidad, violencia y heroicidad.....	79
5.1 El Montonero.....	80
5.1.1 Dualidad del protagonista en su faceta de víctima.....	80
5.1.2 Dualidad del protagonista en su faceta de victimario.....	82
5.1.3 Proximidad con la muerte como generador de dignidad heroica.....	84
5.2 El Indefinido.....	88
5.2.1 Dualidad del protagonista en su faceta de víctima.....	88
5.2.2 Dualidad del protagonista en su faceta de victimario.....	93
5.2.3 Proximidad con la muerte como generador de dignidad heroica.....	95
Conclusiones.....	99
Obras citadas.....	102

Agradecimientos:

El largo camino que ha significado mi paso por la Facultad de Letras y Ciencias Humanas no estuvo libre de momentos difíciles en los cuales mis padres me brindaron un valioso apoyo que me animó a continuar y por el cual siempre les estaré agradecido. Quiero expresar también mi reconocimiento y profunda gratitud al Dr. Eduardo Francisco Hopkins Rodríguez, quien estuvo a mi lado durante los tres años de gestación de la presente investigación.



Introducción:

Abelardo Gamarra es considerado uno de los más importantes narradores costumbristas peruanos. Su primera selección de artículos, en la que ya asoma el “escritor de garra”, es su selección de artículos Novenario del Tunante (1885), publicación a la que le seguirán un par de “juguetes cómicos” y artículos coleccionados en publicaciones como Rasgos de Pluma¹(Sánchez 1974:50), compilación en la que se encuentran los dos relatos que serán objeto de la presente investigación: “El Montonero” y “El indefinido”. El tema que abordaremos es la idea de sacrificio presente en los relatos antes mencionados. En ambos casos, encontraremos a un protagonista que, a pesar de haber sido sistemáticamente ignorado y discriminado por el orden social imperante en el Perú decimonónico, adopta actitudes patriotas y decisiones temerarias en defensa de una patria que le es ingrata. Ambos personajes se encuentran en una continua situación de peligro que, en última instancia, los llevará al borde de la muerte. Encontraremos no sólo puntos de encuentro, sino también importantes diferencias en cada uno de ellos.

Notaremos cómo la cuestión de la identidad, en relación a los problemas nacionales, será permanentemente problematizada en el desarrollo de ambos relatos con el fin de determinar quiénes formaban(o debían formar) parte de la naciente comunidad ciudadana. Tal como plantea Carmen Mc Evoy, “la discusión sobre la construcción de la morada republicana y la búsqueda de sus

¹Para efectos del presente trabajo, optamos por la edición de Víctor A. Torres, publicada en 1899, la cual es la más antigua a la que pudimos acceder. Si bien existe una primera edición que data de 1889, la segunda parece haber tenido mayor difusión y relevancia, pues es la de 1899 y no la anterior la que figura en los catálogos del Instituto Riva Agüero y la Biblioteca Nacional.

distinguidos habitantes había un permanente tema en los debates intelectuales peruanos” (1997: 61).

El primer relato tiene como protagonista a un indio peruano que decide combatir a las fuerzas de ocupación chilenas durante la Guerra del Pacífico (1879-1883). El nombre de este personaje es Juan Sin Miedo y encarna al héroe paradigmático, un modelo de ciudadano peruano caracterizado a partir de una serie de actos valerosos que lo ponen en permanente contacto con la violencia y la muerte. En el caso particular de “El Montonero” el orden cultural se define a partir de la diferencia entre el criollo blanco letrado y el indio. En este caso, la diferencia de identidad se basa en el factor racial.

El segundo relato tiene como protagonista al Indefinido², un militar impago perteneciente a la clase popular urbana limeña que decide combatir a las fuerzas chilenas el día en el que estalla la Guerra del Pacífico (1879-1883). Su nombre no nos es revelado, pero su descripción nos permitirá explorar diversos aspectos de su personalidad más allá de su aparente condición de héroe paradigmático caracterizado por una serie de actitudes que lo pondrán, al igual que en el caso del Montonero, en contacto con la violencia y la muerte. Desde el principio de “El indefinido”, notaremos que el personaje central pertenece a un segmento de la sociedad que es sistemáticamente excluido y postergado por una élite sin rostro que parece controlar todas las posiciones de poder político y económico. La descripción física del personaje que realiza el narrador enfatiza en todo momento el carácter desfavorecido de su condición. En medio del entorno urbano, donde la totalidad de los acontecimientos tendrá

² El término *indefinido*, en el vocabulario militar, se usa para designar al oficial que no tenía plaza efectiva. Tomamos esta definición de la Enciclopedia del idioma de Martín Alonso, tomo 2. Madrid Aguilar: 1968.

lugar, notaremos que la diferencia de identidad fundamental es la de clase social, definida en términos de la condición socio-económica.

En ambos relatos, el personaje central pertenece a un colectivo social marginado. A partir de una diferencia jerárquica básica (racial o económica) es que se conforma el orden imperante que el narrador describirá en función de la vida cotidiana de sus protagonistas. René Girard, cuyas ideas sobre la noción del sacrificio en la literatura constituirán el eje del presente análisis, plantea al orden cultural como un “sistema organizado de diferencias [...] que proporcionan a los individuos su ‘identidad’”(1998: 56). En cada uno de los relatos, el narrador se dará a la tarea de examinar la eficacia del sistema de diferenciación jerárquica, en tanto soporte fundamental del orden social, no sin plantear sus vicios y dificultades. En ambos casos, la cuestión de la identidad nacional, entendida en función del carácter sacrificial de los protagonistas(específicamente en el aspecto de su disposición a matar y a morir), resultará clave para el desarrollo de la narrativa.

Estado de la cuestión:

La obra de Abelardo Gamarra ha sido examinada por diversos críticos de literatura peruana decimonónica. En prosa, sobresalen los artículos de costumbres que popularizaron el seudónimo de “El Tunante” desde las páginas del semanario La Integridad, los cuales serían compilados en diversos libros como Rasgos de Pluma, de 1899” (Puccinelli 1974:76). Muchos de los trabajos publicados han abordado el tema de manera panorámica y, a nuestro entender, sin prestar suficiente atención individual a los mencionados artículos en tanto piezas narrativas independientes; otros se han centrado en algunos géneros particulares cultivados en su obra, pero como parte de publicaciones de naturaleza antológica en las que Gamarra es sólo uno de los escritores estudiados.

En el caso particular de sus relatos de costumbres, dada su brevedad, es difícil encontrar trabajos críticos que examinen dichas piezas de manera individual y a profundidad. En los textos más destacados del panorama de la crítica literaria decimonónica se opta por trabajar con Rasgos de Pluma, publicación que agrupa relatos de la etapa de la posguerra de 1879 (Fernández 1954: 141). No desestimamos la importancia de aquellos trabajos que estudian publicaciones como la mencionada en tanto totalidad antes que a los relatos individuales. De hecho, la naturaleza de los relatos se presta para el desarrollo de clasificaciones panorámicas (algo útil y necesario, sin duda), pero los estudios críticos totalizadores resultan insuficientes para un análisis individual y a profundidad de cada una de las piezas.

Podemos mencionar cinco textos críticos sobre la obra de Gamarra en los que se da cabida a relatos costumbristas como “El montonero” y “El indefinido”. En El Costumbrismo en el Perú, Jorge Cornejo Polar menciona los cuadros y artículos de costumbres, los cuales suman varias decenas, haciendo énfasis en su capacidad para representar la realidad peruana de las provincias y ejercer críticas a la sociedad (2001: 44). En Abelardo Gamarra, su vida y su obra, Justo Fernández Cuenca nos presenta un panorama total del autor con un indudable afán por realizar un estudio enciclopédico del tema. En lo tocante a sus trabajos compilados en publicaciones como Rasgos de Pluma, refiere al afán de Gamarra por hacer una obra esencialmente popular (1954: 145). Julio Galarreta Gonzáles en El Perú en Abelardo Gamarra, destaca la capacidad del autor para captar la realidad integral de la época en que vive, plasmada en Rasgos de Pluma (1951:54). Clasifica relatos como “El Montonero” y “El Indefinido” como “cuadros de personas y cosas de antaño” (1951:58). El mismo autor, en su obra Abelardo Gamarra en la Crítica Literaria, menciona el caso particular de “El Montonero” y resalta las virtudes autóctonas del protagonista (1972: 124). Por último, tenemos a Francisco Carrillo y su artículo “Abelardo Gamara Indigenista”, trabajo en el que se da a la tarea de examinar, aunque de manera breve y general, relatos costumbristas específicos de Gamarra. En el caso de “El Montonero”, Carrillo enfatiza la condición heroica del protagonista (1967: 22).

Es menester tomar en cuenta que la variedad de los temas y personajes desarrollados en los relatos nos remite a distintos lugares y momentos de la historia peruana decimonónica. Dada la naturaleza heterogénea del contenido,

consideramos inconveniente analizar Rasgos de Pluma como un libro de relatos y, más bien, optamos por el estudio de piezas específicas de manera individual.



Capítulo 1:

El orden cultural como sistema de diferencias

En el desarrollo narrativo de ambos relatos, notaremos que se representa un orden basado en un sistema de diferencias (raciales en un caso y económicas en el otro) en torno a las cuales se articuló el discurso de un poder jerárquico y excluyente con el cual se pretendió consolidar la identidad y la paz de un grupo social que rechazaba a un sector subordinado representado por el protagonista. En el caso de “El Montonero” el orden se definirá a partir de la diferencia entre el criollo blanco letrado (paradigma de ciudadano) y el indio (el subordinado por excelencia, desde la perspectiva del discurso criollo). Por otro lado, en el caso de “El Indefinido” el orden se determinará a partir de la diferencia de clases entre la élite y el sector popular urbano.

1.1 El Montonero: sistema de diferenciación entre el indio y el criollo

En “El Montonero” Abelardo Gamarra nos presenta la historia de un osado indio de la sierra central peruana que decide organizar y liderar una fuerza guerrillera para repeler a las fuerzas invasoras durante la guerra con Chile. En el relato, el narrador resalta, además de las cualidades heroicas de su protagonista, la injusta situación de exclusión de la cual es víctima. En pleno siglo XIX, la clase media urbana (incluyendo burguesía y pequeña burguesía) se percibía a sí misma como portadora de un modelo universal de organización

racional de la sociedad, un discurso normativo en el que se perennizaban clasificaciones y separaciones excluyentes que acentuaban, entre otras cosas, el contraste entre las nociones de lo rural (cuyo representante, como veremos, es nuestro protagonista) y lo urbano (Oliart 1993: 22). El letrado criollo, en muchos casos ajeno a la realidad de hombres como el protagonista, se apropiaba del saber europeo para ejercer un control sobre el territorio y los sujetos (Montaldo 1999: 28). Los escritores urbanos del siglo XVIII y XIX, en un intento de presentarse a sí mismos como portadores de progreso y razón, describen y señalan a quienes no cumplen con los modelos propuestos, representando al campesino como sucio y ocioso hasta, incluso, plantear la imposibilidad de “civilizarlo”, tachando a su raza de decadente y enferma sin más remedio que la extinción o el cruzamiento con otros grupos (Oliart 1993: 22-23). Escribir era lo equivalente a civilizar la barbarie americana; crear la barbarie como tal, producir y marcar las diferencias, hacerlas explícitas (Montaldo 1999: 28).

Desde el principio del relato, el narrador se sitúa en oposición a ese discurso en el que el indio es considerado un portador de rasgos negativos que lo descalifican como miembro de la colectividad nacional (los criollos letrados y occidentalizados). Las primeras líneas constituyen una contundente defensa del indio: “No es el salvaje ni el forajido de que habla: es el pobre indio, es el esclavo de una civilización que en nada ha cuidado tenerle presente” (Gamarra 1899: 65). En las líneas siguientes, resalta la necesidad de “borrar de la mente de nuestros compatriotas la idea de desprecio, propia solo de los que han odiado a todos los que han sabido pelear por su bandera” (Gamarra 1899: 65).

El discurso que el narrador rechaza refleja una serie de prejuicios bastante comunes en la sociedad criolla peruana que revelaba un rechazo al indígena bastante común en el siglo XIX. Durante la breve existencia de la confederación Peruano-Boliviana (1836-1839), por ejemplo, tuvo lugar en los sectores opositores limeños una exteriorización cruda de sentimientos racistas en medio de la cual surgieron concepciones sobre lo que era “nacional-peruano” basadas en la exclusión y desprecio del indio (Méndez 2000: 15). La idea de nacionalidad peruana, tal como Cecilia Méndez plantea, “implicaba un primordial rechazo al elemento indígena” (2000: 15), el cual se manifestó en un discurso que reflejaba estereotipos, prejuicios y temores presentes en la colectividad criolla (2000: 18). En los textos de los letrados criollos, en general, se producía un proceso de colonización del pasado y de la diferencia respecto a los indígenas, los cuales eran considerados una suerte de otredad indiferenciada que debía mantenerse en la marginalidad (Montaldo 1999: 28). Gran parte de la crítica postcolonial contemporánea plantea un proceso de exclusión a través de un uso de los valores de la cultura letrada europea practicado por las élites sobre los mismos sujetos que pretendía modernizar (Montaldo 1999: 27). En el ámbito específico de la realidad peruana, autores como Manuel Atanasio Fuentes presentan al indio como un ser indigno de toda muestra de confianza al que se le consideraba ignorante, altanero, tramposo, sucio y abusivo (Oliart 1993: 20).

Una de las conductas que se atribuían al indio era “la apatía ante el combate y la guerra” (Holguín 2009: 239). Ricardo Palma, por ejemplo, consideraba al indio como un apátrida sin posibilidades de redención: planteó que la mayoría del Perú estaba conformada por una raza abyecta y degradada

(el indio) sin sentimiento de patria, enemiga natural del blanco y del hombre de la costa; incluso, se aventura a demostrar la supuesta inferioridad del indio, al que describe como orgánicamente cobarde, argumentando que bastaron 172 aventureros españoles para aprisionar a Atahualpa, y conquistar un imperio de millones de habitantes (1964: 20).

Cabe resaltar que percepciones como las de Palma no constituían un hecho aislado en la opinión pública limeña³, pues que en el mejor de los casos el indio era visto desde una óptica paternalista que autores como el propio Gamarra plasmaron en obras literarias⁴: “Desde mucho antes de la independencia, pero sobre todo a raíz de esta, los autores de la literatura y, en

³ “Sin duda, Palma expresó lo que pensaban muchos habitantes de Lima y se hizo eco de la opinión pública que vio en la cobardía de los indios la causa del fracaso. La mayor humillación que jamás imaginaron, el ver su querida ciudad ocupada por el odiado enemigo, se debía al infeliz desempeño de los indios. Para esas élites y *clases medias*, la conducta del soldado venido (mejor dicho, traído) de la sierra fue motivo de frustración y escándalo, más aun si era comparada con la muy valerosa del Ejército de Reserva en la batalla de Miraflores, donde murieron miles de vecinos de Lima de toda condición social. La desertión de indios, en pleno combate, llevó a muchos a pensar como lo hizo Palma o en términos equivalentes. Para este, por otro lado, debió de ser necesario descargar a Piérola, su admirado caudillo, del peso de la responsabilidad, real o imaginada, que se le pudiera enrostrar en el fracaso militar peruano a fin de ayudarle a recomponer el ánimo y la moral. La cruda realidad de la derrota con su carga de rabia y frustración, el racismo antiindígena, el prejuicio inveterado antiserrano y el culto del caudillo mesiánico, alentaron durísimas expresiones de un Palma profundamente perturbado”. Oswaldo Holguín. “El indio valeroso en la literatura de la Posguerra con Chile” En. Marcel Velásquez Castro (comp.) La república de papel. Lima: Universidad de Ciencias y Humanidades, Fondo Editorial, 2009, pp.242-243.

⁴ “Sin desconocer sus defectos, que con el cambio político fueron achacados al sistema colonial antes que a factores genéticos, advirtieron que sus cualidades eran la sumisión, la humildad y la ingenuidad, etc., siendo una suerte de “buen salvaje” víctima de la ignorancia y, sobre todo, del abuso de los poderosos. Más o menos ese es su perfil en la novela *El padre Horán*, de Narciso Aréstegui (1848), y en la zarzuela *¡Pobre indio!*, de Carlos Enrique Pasta con libreto de Juan Vicente Camacho y Juan Cossío (1868), o en las poesías indianistas de Clemente Althaus, Abelardo Gamarra, Manuel Gonzáles Prada, entre otros. En general, el indio no alcanzó categoría de personaje literario principal, o solo lo fue en las leyendas románticas ambientadas en la Conquista, en el papel de presa inocente de la ambición o de la lascivia de uno o más españoles [...]. No parece existir texto literario que destaque sus dotes guerreras”. Oswaldo Holguín. “El indio valeroso en la literatura de la Posguerra con Chile” En. Marcel Velásquez Castro (comp.) La república de papel. Lima: Universidad de Ciencias y Humanidades, Fondo Editorial, 2009, p.238.

general, las élites intelectuales, vieron con manifiesto paternalismo y, en no pocas ocasiones, lástima, al campesino serrano”(Holguín 2009: 238).

Para examinar la figura del protagonista, no debemos perder de vista que el sacrificio tiene la función de “apaciguar las violencias intestinas e impedir que estallen los conflictos” (Girard1998: 22). El indio, según el discurso criollo tradicional, era considerado la encarnación de lo bárbaro y salvaje, un “chivo expiatorio” ideal en oposición al cual podría construirse el paradigma del ciudadano ejemplar civilizado y depositario de las cualidades patrióticas nacionales. Así, pasaba a ser la víctima ideal merecedora de todo tipo de violencia, gracias a una serie de marcas que le eran adjudicadas por el discurso criollo. En el marco de este sistema de diferencias, el indio, como víctima sacrificial, sufría el desprecio, la marginación y el olvido. Teóricamente, dicho sacrificio podía servir para consolidar una identidad criolla (cuyos artífices intentaron establecer como única, exclusiva y excluyente identidad nacional) en oposición a la indígena. Si nos ceñimos a los puntos básicos del discurso criollo tradicional, podemos deducir que sus autores consideraban al indio como un ser inferior incapaz de defender su dignidad, por ejemplo, a través de un acto de represalia. Por tanto, además de las marcas sacrificiales mencionadas, la supuesta incapacidad para contraatacar (por lo menos de manera directa) sellaba y justificaba su destino como víctima.

Tenemos, como situación inicial, un sistema de diferencias basado en la distinción racial (entre criollos e indios) sobre la cual descansa el orden cultural. El indio era una víctima hacia la cual los miembros de la comunidad criolla podían canalizar de manera concertada sus impulsos violentos a fin de consolidar y unificar su propia identidad. Recordemos la afirmación de Girard:

“La comunidad necesita, pues, hombres de confianza que no intenten abortar la violencia, [...], sino impedir que se extienda al azar por la comunidad, canalizarla hacia la víctima mejor, la más susceptible de provocar unidad” (1989: 94). La violencia contra el indio, efectiva o simbólica, erateóricamentela práctica que tenía mayores posibilidades de generar acuerdo y consenso en una comunidad. No perdamos de vista que Gamarra alude a un conflicto interno inútil y estéril en el que la élite dirigente se encuentra enfrascada y al cual el pueblo es ajeno. El narrador nos habla de años de fatigas políticas y luchas interiores (obviamente, se refiere a la clase dirigente, los criollos) que estimularon en el pueblo una actitud indiferente ante la guerra (Gamarra 1899: 66). El retrato que hace el narrador calza con el contexto histórico en el cual se sitúa el relato de “El montonero”. El Perú es una nación joven e inestable con una identidad nacional que apenas está comenzando a construirse y que un sector minoritario (los criollos) pretende monopolizar a través del discurso. La violencia, directa o indirecta, contra el indígena, en principio, debería consolidar una identidad nacional criolla unificada (definida en oposición al indio) y asegurar la anulación de todo conflicto interno. Al respecto, Girard nos dice: “Si realmente es unánime, esta violencia pone fin a la crisis que la precede al reconciliar a la comunidad y hacer que se enfrente a una víctima única y no pertinente, la clase de víctima que solemos llamar ‘chivo expiatorio’” (2002: 14). Existe, en términos de Girard, un sistema de diferencias más o menos operativo en la sociedad peruana decimonónica que el narrador reproduce en su relato. Tal sistema de diferenciación pretendería, de acuerdo con la teoría de Girard, unificar la identidad criolla y consolidarla como identidad nacional a partir de su oposición a la identidad indígena: “[la] inmolación de la víctima

pondría fin a una crisis mimética realmente disociadora al unir a toda la comunidad [de criollos, en este caso] contra un solo antagonista impotente” (1997:14).

Tenemos definido un sistema de diferencias raciales sobre el cual se construyen las categorías de identidad entre los blancos criollos y los indios. La marca fundamental del marginal es la raza, la cual resulta asociada con todo aquello que la élite desea someter a la invisibilidad. El proyecto social propuesto por los criollos se basa en diferenciar y desplazar a aquellos “marcados” por la raza cuya presencia es vista como un obstáculo para el progreso. La sociedad que se pretende construir se basa teóricamente en esa diferencia de raza fundamental cuya fuerza discursiva tiene eco en los discursos de muchos intelectuales de la época. Consideramos que tal situación sería, en términos de Girard, la diferencia cultural sobre la cual se basarían “el orden, la paz y la fecundidad” (1998: 57) de la sociedad retratada en el relato. Para el criollo la diferenciación con respecto al indio constituye la base de la identidad que pretende forjarse a fin de llevar a cabo su proyecto social y materializar su propia concepción de modernidad, progreso e identidad.

1.2 El Indefinido: sistema de diferenciación entre ciudadano de élite y marginal

Abelardo Gamarra nos presenta, en “El Indefinido”, la historia de un humilde soldado desocupado que lucha por sobrevivir en la Lima de 1879 y que, enterado del estallido de la guerra con Chile, decide marchar al frente de

batalla para enfrentar al enemigo. El narrador resalta, además del potencial heroico del protagonista, la injusta situación de exclusión imperante en el Perú decimonónico. A partir de la diferenciación entre ricos y pobres surgen dos identidades culturales más o menos definidas: el ciudadano de élite y el sujeto marginal de la plebe. No perdamos de vista que la pobreza puede entenderse como signo de subalternidad (Spivak 1998: 208), por lo que la identidad y el nivel económico tenían un vínculo que debemos considerar al momento de determinar el sistema de diferencias que sostiene el orden cultural en cuestión. Abelardo Gamarra tenía una indudable vocación para recrear la realidad de su tiempo. Luis Alberto Sánchez destaca sus extraordinarias dotes de observador y clasifica su obra como “periodística”(1974: 49-50). En Rasgos de Pluma, “encontramos delineados con igual comprensión al indio, al blanco y al cholo. Describe por igual a la costa y a la sierra, sabe encontrar los defectos de ambas regiones que es preciso subsanar” (Puccinelli1974: 77). Ciro Alegría, por su parte, resalta que Gamarra “convertía la realidad nacional inmediata en material literario” (1974: 82).

Resulta especialmente necesario considerar el contexto histórico en el que Gamarra escribió, vivió y ambientó relatos como “El Indefinido”. Notaremos que las circunstancias descritas en el desarrollo de la ficción narrativa reflejan el contexto de su tiempo, pues recrean un orden social que se define y estructura a partir de una diferencia social documentada. Si bien el desarrollo narrativo nos permite deducir cierta distancia o división entre el personaje central y otros, sólo al cotejar lo narrado con textos de historia del Perú del siglo XIX podemos comprender que la situación de segregación o diferencia no es un fenómeno aislado, sino generalizado. Tal situación no responde a

condiciones meramente económicas eventuales, sino a un contexto sociopolítico particular. Estamos ante un sistema de diferencias (de clase) que estructura y mantiene un orden cultural.

El relato nos sitúa en un momento decisivo de la historia peruana: cinco de abril de 1879, el día en el que Chile declaró la guerra al Perú. Es durante las décadas previas, la sociedad peruana había experimentado un periodo de bonanza económica que no se tradujo en un desarrollo social equitativo, sino en una insana polarización entre una élite derrochadora y múltiples sectores populares pauperizados⁵: “Se trataba de una lucha entre la denominada ‘cultura plebeya’ frente a la disciplina trabajadora que los nuevos dueños de la ciudad pretendían imponer” (Ramón Joffré 1999: 48). En este conflicto entre colectivos sociales la élite pretendía recuperar la ciudad con el fin de “acabar con la barahúnda plebeya” (Ramón Joffré 1999: 50). Desde la década de 1850, la consolidación de la élite limeña coincidió con las primeras evidencias de un proyecto urbano que podríamos leer como un ataque de la élite contra los grupos que Spivak seguramente llamaría “subalternos” en medio de un contexto en el que se reforzaron las intervenciones contra los ocupantes indeseables de las calles que, con sus actitudes, arruinaba el espectáculo de la ciudad formal (Ramón Joffré 1999: 67).

⁵Al respecto Gabriel Ramón Joffré refiere que, a mediados del siglo XIX, la renta nacional se había incrementado debido a la exportación guanera, pero que la fugaz riqueza generada no supuso un crecimiento económico uniforme, sino una polarización económica y social causada por indecorosos manejos de la élite que significaron para los grupos populares un periodo de pauperización que golpeó a los pobres de la ciudad. Gabriel Ramón Joffré. La muralla y los callejones: intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX. Lima: SIDEA: Prom Perú, 1999, pp. 46-47 y 48.

Sobre la situación antes mencionada, Gabriel Ramón Joffré afirma que “se trataba de un ataque articulado, que tuvo su correlato discursivo en la satanización de las representaciones populares, tachándolas de indecorosas y nocivas” (1999: 67). El discurso segregacionista se desarrolló de manera paralela a las desiguales condiciones en materia de distribución de la riqueza y organización de la economía nacional. Durante la década de 1870, nos dice McEvoy, la devaluación e inflación habrían de empobrecer aún más a “la temida plebe urbana” (1997: 185). Ciudadanos de todo el país clamaron por ayuda del gobierno para contener el deterioro de las condiciones de vida que padecían los sectores urbanos nacionales: trabajadores parados, artesanos pauperizados y, como el Indefinido, militares impagos (Mc Evoy 1997: 186).

En vísperas de la guerra, la división polarizadora se percibía en el vocabulario de la clase política: el poder ejecutivo, controlado por el Partido Nacional y el legislativo, en manos del Partido Civilista, se encontraban confrontados en una contienda que no se daba únicamente a nivel político, sino principalmente en la esfera social y cultural (Mc Evoy 1997: 194-195), pues se trató de un enfrentamiento en el que las fuerzas antagonistas eran tipificadas como los “decentes” y la “canalla”, los cuales se enfrentaban en un conflicto en medio del cual se buscaba detener el “desborde popular” que se cernía sobre los “hombres de bien” (Mc Evoy 1997: 196-197):

El controversial discurso de polarización “decentes-canalla”, [...], proveyó, también, a la élite económica civilista, especialmente a sus vanguardias financieras, de un argumento legitimador para asumir nuevamente, la administración de la riqueza salitrera y el control político y social del país. La “canalla” para aquellas vanguardias además de ser

“la plebe” desbordada, que cometía tropelías con la avenencia del ejecutivo, incluía, también, al grupo de “bribones” y advenedizos que controlaban el aparato estatal (Mc Evoy 1997: 197).

Podemos decir, partiendo de lo dicho por Mc Evoy que las diferencias sociales son claras y determinan un orden cultural cuyas manifestaciones adquieren un protagonismo en el más alto nivel de la vida política nacional. Por un lado, la élite gozaba de poder económico e influencia política incluso con el poder ejecutivo dominado por sus rivales, el Partido Nacional (al cual enfrentaba desde el Parlamento). Su base económica e iniciativa política permitieron forjar identidades y ejercer, aunque no sin dificultades, su dominio en la sociedad. Por otro lado, los marginales (o marginados) como el Indefinido se encontraban “marcados” por la pobreza y por una condición de virtual inexistencia para una clase gobernante que les negaba la posibilidad de una iniciativa política efectiva. La marginalidad económica y política mermaba su capacidad de ganarse un lugar digno en la sociedad.

El Indefinido, desde un principio, presenta marcas de pobreza. Es descrito como un hombre flaco y pálido (Gamarra 1899: 79), rasgos que constituyen marcas que lo identifican como parte de un colectivo específico: los pobres (por no decir, los “marginales” o los “plebeyos”). El hecho de ser flaco y pálido constituye una marca social atribuible a su condición económica menesterosa (la cual el narrador busca enfatizar). Tal como veremos más adelante y en detalle, se trata de una persona que vive al borde del hambre y la miseria, por lo que consideramos que esta descripción inicial de los rasgos físicos del personaje no es gratuita.

Continuando con la descripción de la apariencia del personaje, el narrador clasifica el conjunto de su vestimenta como perteneciente a una “moda indefinida”: su levita fue, alguna vez, una “elegante casaca” (Gamarra 1899: 79). Esta situación “marca” al personaje como una persona “no elegante”, lo cual deja en claro que el colectivo social al que pertenece no es el de la élite acomodada. La mencionada prenda está teñida, al igual que su pantalón bombacho (Gamarra 1899: 79). Estos detalles resultan útiles para resaltar la condición menesterosa del personaje. En ambos casos, se trata de prendas que presentan marcas de un uso continuo y del paso del tiempo. Hablamos de materiales degradados que a duras penas se mantienen en condiciones dignas. En el caso de la levita, consideramos particularmente revelador que el narrador se refiera a ella como “la pobre” (Gamarra 1899: 79). Es evidente que Gamarra tiene muy claro el objetivo de presentarnos al Indefinido como una persona cuya pobreza salta a la vista. El autor enfatiza la apariencia física de su personaje de distintas formas antes de darle la oportunidad de hablar. Su identidad comienza a definirse a partir de componentes visuales.

La condición degradada del cuerpo y de los elementos de la vestimenta constituye “marcas” de la degradación social del personaje. El énfasis continuo de estos rasgos no hace sino llamar la atención respecto a la condición social del protagonista. La marca fundamental de su marginalidad es la pobreza. El Indefinido ingresa a una heladería, pero no pide nada y se pone a fumar mientras espera a un amigo (Gamarra 1899: 80). Nuevamente, se deja ver una nueva señal de pobreza en el personaje: el hecho de presentarse en un local de venta de alimentos y no consumir nada. Dicha situación, al considerarla

dentro del contexto descrito, constituye una indudable marca de marginalidad menesterosa.

Una vez que llega el amigo, la condición menesterosa del protagonista se hace notar otra vez. Lo primero que pregunta demuestra la natural preocupación por sus propias estrecheces económicas: desea saber si ya pagaron los sueldos y el amigo le avisa que no; luego, comienzan a hablar de política, piden dos cafés, pero es el amigo el que los paga; cuando deciden despedirse, el Indefinido recibe algo de su compañero que el narrador no identifica inmediatamente: una moneda (Gamarra 1899: 80). A pesar de lo poco que se narra de este encuentro, las marcas de pobreza en el Indefinido mencionadas son abrumadoras.

El Indefinido se retira a su casa. Elige una calle para transitar no especificada que podría ser Siete jeringas, Afligidos, Penitencia, Suspiro, Desamparados o Amargura. El narrador, con cierta ironía y un indudable afán por enfatizar la triste condición del personaje, menciona que es la última la que “más le cuadra” (Gamarra 1899: 80). Una vez que el Indefinido llega a su hogar comienza una detallada descripción del lugar. Se trata de una casona antigua y descuidada. El protagonista debe subir por una escalera “contemporánea de Abascal”(Gamarra 1899: 80).

La descripción del entorno doméstico puede leerse como una manifestación más de la diferencia sociocultural entre la élite y los marginales. Notamos que la vivienda del personaje es una muestra (o marca) de la segregación residencial descrita por Ramón Joffré: “La referida recuperación de la urbe permitió reformular pautas del uso social del espacio público [...]. Cada

vez más controlada en las calles [...], la plebe se fue refugiando en los arrabales del orden, es decir en los espacios más baratos de la urbe, subdividiéndolos y hacinándolos a fin de hacerlos económicamente accesibles” (1999:138-139). El narrador describe el lugar, comparándolo con una cueva y con un sepulcro, cuyas estructuras “se van a venir abajo de un día a otro” (Gamarra 1899: 80-81). Se trata, en suma, de un lugar “marcado” por la miseria en el que el pobre vive entre pobres. La descripción del interior de la vivienda resulta redundante: la pintura dañada de las puertas, el desnivel en el piso y el deterioro de los ladrillos dan testimonio de los rigores del tiempo. Las paredes visten “harapos de papel”, las viejas piezas de mueblería están maltratadas y un sofá es comparado con un esqueleto por el narrador (Gamarra 1899: 81).

Seguidamente, pasamos a una descripción de la familia del Indefinido: un bebé es cuidado por su hermana mayor, una niña de doce años gatea sobre una carona⁶ raída en una salita que es comparada con un calabozo (Gamarra 1899: 81-82). El narrador concluye: “La pobreza con su mudo lenguaje sería capaz allí de conmover al corazón más duro” (Gamarra 1899: 82). Comienza un nuevo diálogo y, nuevamente, el tema de la conversación es el dinero. El dueño de la casa ha pasado durante la mañana para cobrar la renta, pero no tienen para pagarle (Gamarra 1899: 82). Al enterarse de que ninguno de los miembros de la familia ha almorzado, el Indefinido le da a su mujer la moneda que su amigo le entregó en la heladería y, para ahorrar, les hace creer que ya almorzó (Gamarra 1899: 82).

⁶ Puede referirse a un pedazo de tela gruesa acojinado que, entre la silla o albarda y el sudadero, sirve para que no se lastimen las caballerías o a una camisa o prenda de vestir. Tomamos estas definiciones de la Enciclopedia del idioma de Martín Alonso, tomo 2. Madrid Aguilar: 1968.

Seguidamente, el protagonista se lamenta por la condición menesterosa en la que se encuentra al mismo tiempo que otros ciudadanos disfrutan de una vida de riqueza (Gamarra 1899: 83). Se pone en evidencia una diferencia básica en el orden social urbano imperante, una brecha socio-económica que, como veremos más adelante, influirá en la definición de las identidades colectivas. Las palabras de la esposa resultan reveladoras: "...que otra vez oiga [refiriéndose a su esposo, el Indefinido] lo que le decía su padre: 'no te metas a militar, se aunque sea cargador'" (Gamarra 1899: 84). Ser militar se constituye como una nueva marca de pobreza material más trascendente que las enfatizadas anteriormente. Se trata de un estatus laboral que lo condena a un futuro sin oportunidades para progresar. En este caso, ser militar es algo que se reprocha y denigra considerándolo como una ocupación menos deseable que la de un simple cargador. El oficio militar se constituye así en una nueva y mayor marca de marginalidad. Ya no se trata de una marginalidad definida por aquello que se tiene (condiciones físicas deplorables, posesiones materiales escasas y humildes), sino por aquello que se hace, el oficio. Parece evidente que los militares de rango indefinido constituyen un colectivo subordinado dentro de la jerarquía militar, así como el personaje constituye un subordinado en la sociedad civil.

La marginalidad del personaje, su posición subordinada y desfavorecida, demuestra la diferencia elemental del orden social imperante. El Indefinido es un "plebeyo", un marginal marcado por dicha pobreza en su propio cuerpo, vestimenta y oficio. El énfasis en esta condición que hace el narrador se orienta a marcar una diferencia entre el personaje y la gente "decente" de la élite, al mismo tiempo que estimula la compasión e indignación por parte del lector ante

una marginalidad que escandaliza. Ahora bien, no pretendemos decir que esta diferenciación haya operado con parámetros absolutos u homogéneos y sin puntos de intersección. Ciertamente, ciudadanos de distintos sectores sociales pudieron tener criterios distintos para determinar quiénes eran decentes y quiénes no. Como hemos visto, incluso los políticos en campaña instrumentalizaron este discurso reproduciéndolo o adaptándolo según su propio criterio e intereses particulares. Lo que buscamos resaltar es que las categorías de identidad mencionadas por autoras como Mc Evoy (los “decentes” y “canalla”) estaban plenamente vigentes en la conciencia colectiva de la sociedad en la que la historia del protagonista tiene lugar. Por ello, resaltamos su importancia para delinear el sistema de diferencias operante en el orden cultural en cuestión.

No perdamos de vista que el orden imperante, tal como Gamarra lo describe, es decadente y por tanto fallido. La corrupción se mantiene en un lugar que representa el poder gubernamental (el Palacio, la caja fiscal). Se trata de un espacio atestado de buscones donde pululan “los encopetados, que entran y salen tras adulaciones palaciegas” (Gamarra 1899: 84). La corrupción que campea allí donde está representado el poder de la élite nacional, a nuestro entender, es una señal de vicios irresueltos que bien podrían constituir indicios o símbolos de conflictos pasados, presentes o potenciales en el corazón de dicha élite.

Más allá del plano simbólico y de nuestras propias conjeturas, lo evidente es que el sistema de diferenciaciones es fácilmente identificable tanto en el relato en sí mismo como en los textos historiográficos de la época. Es probable que la élite urbana limeña fuera mayoritariamente consciente de la

importancia de construirse a sí misma a través del discurso y, lo más importante, construir a un “chivo expiatorio” representativo de todo aquello que rechazaba: el hombre de la “plebe”. El sistema de diferencias que se pretende establecer, en términos de Girard, apuntaría a “impedir que [la violencia] se extienda al azar por la comunidad, canalizarla hacia la víctima mejor” (1989: 94)

Evidentemente, el proyecto criollo de modernidad para la ciudad requiere de la disponibilidad de ingentes cantidades de dinero y alianzas con el poder político. Es la violencia entre los poderosos lo que se debe evitar, por tanto la víctima ideal es quien no pertenece a dicho grupo, el ciudadano de la “plebe”. Teóricamente, la diferenciación asegura que los miembros de la élite acaudalada y políticamente empoderada se unan para desplazar a la “plebe” en lugar de enfrentarse entre sí. Unirse contra la “plebe” supone, retomando los términos de Girard, reconciliar a la comunidad y hacer que se enfrente a una víctima única, el “chivo expiatorio” (2002: 14). También podemos considerar a la plebe que representa el Indefinido como la “víctima propiciatoria” cuya inmolación podría poner fin a la crisis mimética al unir a la comunidad contra un único antagonista impotente (Girard1997: 14).

Así, tenemos definido un sistema de diferencias económicas sobre el cual se construyen las categorías de identidad entre una élite(o gente “decente”) y un sector marginal(el de la “plebe” o “canalla”). La marca fundamental del marginal es la pobreza, la cual resulta asociada con todo aquello que la élite desea reprimir: el desorden, la vagancia, el atraso que obstaculiza la modernidad urbana que se pretende imponer. El proyecto social propuesto por la élite se basa en diferenciar, controlar y desplazar a aquellos

“marcados” por la marginalidad cuya presencia es vista como un obstáculo para el progreso. La sociedad que se pretende construir se basa teóricamente en esa diferencia de clase fundamental (cuya fuerza discursiva tiene eco en la vida política peruana en sus más altas esferas). Para la élite, su diferenciación con respecto a la plebe constituye la base de la identidad que pretende forjarse a fin de llevar a cabo su proyecto social y materializar su propia idea de modernidad, progreso e identidad.



Capítulo 2:

Crisis sacrificial y crisis de la diferencia

En el desarrollo ambos relatos, la situación de crisis en el esquema de diferencias sociales imperante, documentada plenamente en los textos historiográficos, será permanentemente descrita: en cada caso, notaremos que el protagonista demuestra tener mucho más en común con quienes lo excluyen de lo que se puede percibir en un principio. Ambos protagonistas se mostrarán igualmente capaces de concebir y defender a la nación peruana que quienes los discriminan, lo cual sugerirá también que son potencialmente capaces de luchar para conquistar sus legítimos derechos ciudadanos. Percibiremos que la violencia es inminente y que el sistema cultural de diferenciaciones, para Gamarra, es una mera ilusión maliciosa y mezquina que no hace más que encubrir y fomentar una situación de violencia intestinapotencial: las diferencias, simplemente, no son lo suficientemente sólidas ni permanentes como para consolidar identidades y mantener el orden cultural.

2.1 El Montonero: raza y cultura

Si bien el narrador se escandaliza ante las diferencias entre peruanos y las denuncia, son las coincidencias entre el indio y el criollo peruano (entendidas como la pérdida, anulación o relativización de determinadas diferencias) las que pondrán en crisis el orden cultural imperante. En este

punto, cabe retomar lo dicho por Girard: “La *crisis sacrificial* debe ser definida como una *crisis de las diferencias*, es decir, del orden cultural en su conjunto. En efecto, este orden cultural no es otra cosa que un sistema organizado de diferencias; son las distancias diferenciales las que proporcionan a los individuos su ‘identidad’, y les permite situarse a unos en relación con otros” (1998: 56). En el relato observaremos que el indio no es tan diferente del criollo y que su dignidad es mucho mayor de lo que muchos sospechan. La clave del orden cultural es la diferencia sobre la cual se construye el sistema sacrificial. La diferencia entre lo criollo y el indio, con la evidente carga de desprecio por este último, descrita en el relato se encuentra ampliamente documentada:

Aquí [en el Perú], el indio ha sido objeto de desprecio [...]. Incluso mestizos y negros, segregados y humillados por la élite blanca, han hallado una pobre compensación para su situación en poder infligir a los indígenas aquellas humillaciones que ellos mismos han sentido en carne propia. Y la ideología dominante refuerza esta actitud en tanto ella cumple una función adecuada al sometimiento del orden imperante, al romper la cohesión de aquellos que lo sufren enfrentándolos unos a otros. (Manrique 1981: 106-107)

El cuestionamiento de las diferencias sociales establecidas por la ideología dominante, descritas en la cita anterior, puede socavar el orden social imperante, ponerlo en situación de crisis y, por ende, obligarlo a reformularse (mediante un cambio en la actitud hacia el indio, por ejemplo) para no colapsar. El fracaso del orden cultural, en relación con la situación del indio, referido en el relato calza con lo dicho por José Carlos Mariátegui sobre la imposibilidad de resolver la cuestión nacional “sin encarar simultáneamente la solución del

problema del indio” (Manrique 1981: 106)⁷. Examinemos sus palabras en torno al tema: “La Revolución de la Independencia no constituyó, como se sabe, un movimiento indígena. La promovieron y usufructuaron los criollos u aun los españoles de las colonias [...]. El programa liberal de la Revolución comprendía lógicamente la redención del indio, consecuencia automática de la aplicación de sus postulados igualitarios” (1992: 46). De la cita anterior podemos deducir que la diferencia entre indios y criollos no era lo suficientemente sólida como para construir, en términos de Girard, un sistema sacrificial capaz de consolidar el orden social de la comunidad nacional. El orden cultural de la nueva república independiente, teóricamente, tenía como uno de sus pilares el reconocimiento de la igualdad entre ciudadanos (lo cual hace ideológicamente insostenible y potencialmente crítica la situación de exclusión a la que nos referimos en líneas anteriores). Mariátegui, desde una perspectiva genuinamente democrática, destaca la importancia del indio, quien resulta igual de digno que el criollo (algo que naturalmente supondría una crisis para el sistema de diferencias imperante en el contexto del relato). Ciertamente, en los días inmediatamente posteriores a la ocupación de Lima el rechazo por el indígena (y el sentimiento de diferencia) se agudizó. Ismael Portal, testigo joven de la angustia limeña en vísperas de las batallas decisivas, haciendo memoria en 1917, afirma: “Más de ocho mil soldados que podían inspirar confianza, no contábamos en Lima; porque los restantes eran infelices

⁷ “José Carlos Mariátegui planteó una proposición fundamental, [...], al afirmar que la nación en el Perú no se podrá formar sin, y contra, el indio; de allí que la resolución de la cuestión nacional en nuestra patria no sea posible sin encarnar simultáneamente la solución del problema del indio. He allí una de las causas por las que, al no poder solucionar una reivindicación de carácter eminentemente democrático, cual es la efectiva reincorporación de la población andina al quehacer nacional con una ciudadanía *real*, no simplemente jurídica, la burguesía peruana ha fracasado históricamente como clase al mostrarse incapaz de construir una nación”. Nelson Manrique. Las guerrillas indígenas en la Guerra con Chile: campesinado y nación. Lima: Centro de Investigación y Capacitación, 1981, p. 106.

indios traídos a lazo, que no conocían el castellano y les causaba espanto una detonación de rifle” (Portal, citado en Holguín 2009: 241). Sin embargo, en los meses siguientes se produjeron graves acontecimientos bélicos que iban a perfilar nuevas imágenes del indio: “En efecto, los numerosos encuentros armados de la Campaña de la Breña demostraron que el indio sabía pelear por lo suyo” (Holguín 2009: 243). En el relato de Gamarra, la iniciativa bélica del indio que desafía el marco ideológico del sistema cultural imperante coincide plenamente con lo referido por Holguín. Al salir al encuentro de los chilenos con el grupo de leales milicianos que ha reclutado, Juan Sin Miedo desafía una de las diferencias clave del sistema cultural imperante que el discurso criollo tradicional establecía. El indio no es ningún cobarde: se dirige hacia la lucha voluntariamente y sin reparar en las posibilidades de triunfo, “le importan poco el número [de soldados chilenos] y las armas [de los invasores]”(Gamarra 1899: 67). El personaje desafía la distinción entre el indio y el criollo debido a su cercanía con diversos héroes paradigmáticos de la cultura occidental (aquella que el letrado criollo se empeña en monopolizar). En la descripción del indio Juan Sin Miedo, además, el narrador apela a un conocimiento del mundo occidental. En la descripción física del protagonista menciona que sus fuerzas son “Hercúleas” (Gamarra 1899: 67), haciendo una sutil alusión al mundo greco-latino. También es un “Campeador” (Gamarra 1899: 70) y uno de los defensores de las “inmortales Termópilas” (Gamarra 1899: 73). Juan sin miedo, además, usa un escapulario, símbolo de la devoción religiosa, que el narrador asocia con la figura del “caballero cruzado” (Gamarra 1899: 70).

El narrador plantea una situación de crisis de la diferencia al plantear al indio como un igual del criollo (cruzado, Hércules, campeador, espartano de las

Termópilas) en tanto se le muestra como una suerte de paradigma. El indio es presentado como parte del mundo occidental, tiene la misma (o mayor) dignidad, orgullo y potencial que su compatriota criollo. Podemos deducir que esta situación de igualdad, o pérdida de la diferencia, podría llevar a un conflicto interno puesto que el indio estaría en capacidad de concebir la misma nación que el criollo peruano y dispuesto a luchar por ella (contra enemigos externos o internos). Si el indio es igualmente capaz de concebir a la nación peruana y defenderla (igual o mejor que el criollo), será también capaz de desear y exigir sus derechos ciudadanos, lo cual, tomando en cuenta que la imitación de los deseos constituye un elemento generador de la rivalidad (Girard 1989: 81), supone un conflicto inminente entre peruanos. Ya existe un conflicto (entre el indio y el criollo peruano), pero que no se ha desbordado, todavía. Existe, claro está, una posibilidad real de lo que Girard llamaría “competición desenfrenada”, una guerra civil en potencia entre dos colectivos sociales que, al ser igualmente capaces de reclamar y defender sus derechos sobre la nación peruana, se convertirían en colectivos rivales. Girard nos dice que “no son los enemigos exteriores los que llevan a las sociedades a su perdición, sino las ambiciones ilimitadas, la competición desenfrenada: tal es lo que divide a los hombres en lugar de unirlos” (2002:78). Evidentemente, las posibilidades de que la violencia unánime unidireccional (de criollos contra indios) se convierta en una violencia recíproca son reales y es justamente con la violencia recíproca que “entramos en una fase crítica que se asoma al delirio y la locura, [...], pero también a la destrucción y a la muerte” (Girard 1997:104). La crisis de la diferencia entre criollos e indios supone para el orden imperante una problemática que, con el resultado de la guerra, se hará dolorosamente

evidente. “Si la crisis consiste en la propagación de la rivalidad mimética, fácil es comprender que al difundirse termine por contaminar hasta las relaciones con los padres” (Girard 1997:116)

Si Juan Sin Miedo, el indio, es capaz de defender lo que considera suyo, teóricamente, podría también defenderse del criollo peruano. Si es capaz de vengar el ultraje del suelo nacional por parte de los chilenos, podría vengarse también del cruel sistema de dominación que distancia al criollo peruano del indio, imponiendo a este último todas las desventajas imaginables. El sistema cultural de diferenciaciones, para Gamarra, es una mera ilusión maliciosa y mezquina, pero no sólo eso; dicho sistema no hace más que encubrir y, a la vez, fomentar una situación de violencia intestina. Es un sistema inútil cuyas injusticias se manifiestan en una situación de violencia impura permanente, aunque, en la mayoría de sus aspectos, sólo potencial. La verdadera escalada no ha comenzado todavía; sin embargo, la diferencia entre indios y criollos no está funcionando y, por ende, el sistema cultural tampoco.

La crisis sacrificial de un sistema de diferencias injusto e ilegítimo se manifiesta de dos maneras desgarradoras en el desarrollo del relato. Una de ellas es la profanación del templo de Junín a manos de los invasores chilenos (Gamarra 1899: 68). El orden cultural se ha mostrado incapaz de defender sus propios lugares sagrados ante una impía invasión. El sacrificio del indio ya no funciona, hay que buscar una nueva víctima (el chileno) y un nuevo espacio sacrificial sagrado (las montañas, el “espacio andino”). Si los indios son tan peruanos como los criollos, serán capaces de concebir a la nación, establecer su propio orden cultural y con él un sistema de diferencias.

Una segunda forma en la que se manifiesta la crisis del orden cultural imperante es la serie de luchas políticas internas entre los políticos criollos, precisamente, los representantes del colectivo que pretendía consolidar su unidad a través de la exclusión del indio. El indio patriótico (ejemplar y positivamente valorado) que el narrador está esbozando no es un político (un hombre de palabras, como el letrado), sino un hombre de acción, específicamente, un hombre de guerra. Se trata, dice Gamarra, de la encarnación de un ser que personifica el amor patrio, un soldado hijo de un pueblo que dormía ante las fatigas políticas y las luchas internas, el “famoso guerrero de espíritu indómito” (1899: 66). El patriota está estrechamente asociado al contexto de la guerra (no al del debate político), y es, en su origen, un hombre del pueblo (el colectivo que no dirige la política nacional, sino que es dirigido por los políticos). Al ser “guerrero” y “hombre del pueblo” inferimos que el protagonista se sitúa al margen de la política y el poder: forma parte de un grupo humano (el pueblo) ajeno (dormido) respecto a la política y al atolladero de una inútil guerra interna de palabras. Mientras la guerra política interna se desarrolla, la patria está amenazada de muerte por el “puñal enemigo” (Gamarra 1899: 66). El fracaso del orden cultural peruano criollo se hace evidente. Diferenciarse del indio no sirvió para consolidar la unidad de la comunidad criolla. Por un lado, tenemos una guerra menor, interna y política; por otro, existe una guerra mayor contra un enemigo externo que se avecina. Pero esta guerra no será de argumentos políticos, sino una lucha a muerte.

En términos de René Girard, podríamos definir el relato como testimonio de la crisis de un naciente orden cultural que intenta consolidarse a través del discurso criollo letrado. Las diferencias entre criollos e indios sobre las cuales

este orden se construye son, en el desarrollo del relato, cuestionadas al punto de plantear la posibilidad de que los dos colectivos distanciados a partir del discurso sean, en realidad, iguales (o igualmente peruanos). En consecuencia, el sistema diferenciador pasa a constituir una cruel injusticia contra un oprimido que tiene la misma dignidad que el opresor y, por ende, un legítimo derecho a contraatacar. La violencia que el protagonista recibe en los múltiples maltratos resulta impura puesto que se dirige contra una víctima que no sólo presenta rasgos en común con su victimario, sino que tiene capacidad para responder y vengarse de la agresión. Se trata de un hombre (y un colectivo por él representado) que, así como defiende lo “suyo” ante el agresor externo, puede fácilmente defenderse del agresor (o sacrificador) interno.

En el desarrollo de la narración, se evidencian los vicios e injusticias del orden social y los insospechados elementos en común entre víctimas y victimarios. Se resalta el elemento de identidad en común (la nacionalidad) en oposición a la diferencia (la clase social). La anulación de las diferencias internas demandará, a fin de evitar que la crisis se desate, un nuevo sistema de diferencias en el que la violencia sacrificial ya no se producirá al interior del territorio nacional, sino más allá de sus fronteras.

2.2 El Indefinido: la clase social

Si bien el narrador se escandaliza ante las diferencias entre peruanos y las denuncia, son las coincidencias (entendidas como la pérdida, anulación o relativización de determinadas diferencias) entre el Indefinido y la élite las que pondrán en crisis el orden cultural en cuestión. No perdamos de vista que el

orden cultural es el sistema de diferencias que “proporciona a los individuos su ‘identidad’” (Girard, 1998: 56) y que, como planteamos en líneas anteriores, el orden social en el cual se inscribe el relato se basa en diferencias de clase que, con diversos matices, articulan prácticas, actitudes y formas discursivas. La confrontación entre los “decentes” y la “canalla” significó la puesta en evidencia de una confrontación de clases que se producirá, en última instancia, en las más altas esferas del poder. El sector medio de élite buscaba intensamente conformar una identidad y se dio a la tarea de evitar el desclasamiento social con el que la crisis económica lo amenazaba (Mc Evoy 1997: 195-196). Los problemas sociales que se tornaron especialmente evidentes en el desarrollo de la vida política peruana durante los años previos a la guerra con Chile pueden ser leídos como una crisis de la diferencia en la que, como veremos, múltiples sectores sociales buscaban una voz e identidad ante la relativización de patrones diferenciadores cada vez menos eficaces al momento de mantener el orden y la paz en la sociedad. El narrador se dará a la tarea de demostrar la crisis del orden cultural al resaltar la anulación, disminución o relativización de diferencias sociales aparentemente sólidas.

Examinemos el contexto de crisis social (o, en términos de Girard, “crisis de la diferencia”) de los años previos a la guerra. El 2 de agosto de 1876, tres años antes del momento en que inicia el relato, asumió como nuevo presidente de la república Manuel Ignacio Prado, quien había llegado al poder con el apoyo civilista para luego realizar un viraje en la política pro-civilista que había defendido en el pasado, nombrando como jefe de gabinete a Antonio Arenas, feroz opositor del Partido Civil (Mc Evoy 1997: 183). “El discurso anti-civilista tuvo arraigo en los sectores populares urbanos. Aquellos, percibieron que la

política económica del Partido Civil había colaborado a la polarización social, mediante una distribución injusta y monopólica de la riqueza” (Mc Evoy 1997: 185).

El discurso polarizador “decentes-canalla”, al cual aludimos anteriormente, “proveyó, también, a la élite económica civilista, [...], de un argumento legitimador para asumir nuevamente, la administración de la riqueza salitrera y el control político y social del país” (Mc Evoy 1997:197). La división en la clase gobernante que mencionamos en líneas anteriores, con el Partido Civil en el legislativo y el Nacional en el ejecutivo, no podía no dificultar la cohesión necesaria para que dirigentes cumplieran su labor ante los dirigidos. Cabe mencionar que, pocos años antes de la guerra, Partido Nacional constituía una vigorosa fuerza política cuya finalidad era justamente oponerse al poder social, económico y político del Partido Civil, así como ofrecer a Prado un contingente de apoyo (Basadre 2005: 216). La clase política gobernante (anteriormente copada y monopolizada por el civilismo) se recomponía por lo que las diferencias al interior de la misma se acrecentaban en medio de una situación de violencia fratricida entre partidarios de las fuerzas políticas rivales⁸. Resulta evidente que en el poder ejecutivo las aspiraciones de los postergados ganaban presencia, por lo que la diferencia entre la clase gobernante y los gobernados se relativizaba: el poder político (antes copado la élite) ya no era lo suficientemente homogéneo ni cohesionado como para diferenciarse de los ciudadanos de a pie. El tradicionalmente postergado sector

⁸Carmen Mc Evoy refiere que la campaña electoral 1877-1878 para las elecciones parlamentarias, en las que el civilismo había logrado el control del poder legislativo, había sido una de las más violentas de la historia política peruana. Carmen Mc Evoy. La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919). Lima: PUCP. Fondo Editorial, 1997, p.194.

popular se “igualaba” simbólicamente a la élite haciendo suyo el discurso anti civilista que los nuevos dirigentes del poder ejecutivo representaban. El poder político dejaba de estar controlado únicamente por la élite, lo cual suponía a su vez que la “plebe” comenzaba a abrirse paso y equipararse con quienes pretendían discriminarla y desplazarla.

Ahora bien, la élite económica también padecía los embates de la convulsión nacional. No fue raro que ciudadanos de sectores pudientes terminaran viéndose pauperizados (por no decir “igualados” a los sectores populares de los cuales necesitaban diferenciarse para consolidar su propia identidad). Al igual que en el caso de la élite política, en la económica las diferencias identificadoras desaparecen, se reducen o relativizan por causa de los avatares de la historia. Casos emblemáticos son los del civilista Vicente Olivo, comerciante arruinado que comentaba que el mayor problema en la Lima de 1872 era la falta de trabajo, y el de José Arana, comerciante y propietario de las vanguardias civilistas cuyo floreciente negocio terminó en la ruina en 1875 (McEvoy 1997:186-187). La élite comenzaba a equipararse con la “plebe” en términos de precariedad económica.

Las circunstancias históricas en las cuales tiene lugar el relato, a la luz de lo dicho por Mc Evoy, nos permiten deducir algunas claves para analizar la situación de su protagonista. En primer lugar, notamos que la década de 1870 supone un punto de quiebre en el que las diferencias de clase (política o económica) se ven trastocadas por la irrupción de nuevos actores en la élite política (específicamente, en el poder ejecutivo) y la caída en desgracia de algunos miembros de la élite económica. Los sectores populares, por su parte, parecen cada vez menos dispuestos a tolerar el sistema de diferenciación

imperante: simplemente, no se sienten diferentes o no consideran justa la diferencia (el narrador recoge ese espíritu y lo plasma en su relato desde un principio). Su capacidad de ejercer poder a través del voto pone a los ciudadanos de la “plebe urbana”, por lo menos, en tiempos electorales en una situación de igualdad ante la élite tradicional. Ciudadanos aparentemente más receptivos al clamor de los sectores populares acceden al poder ejecutivo y, en respuesta, son calificados de “canallas” por el discurso civilista. Aquellos ciudadanos de la élite económica o los vinculados con ella de manera ventajosa se ven arruinados y convertidos forzosamente en nuevos miembros del sector popular.

Resumiendo lo dicho por Mc Evoy podemos decir que, mientras los sectores populares claman por la justicia (entendida como equidad o igualdad) que merecen, la élite civilista intenta por todos los medios recuperar el terreno político perdido y recapturar el monopolio económico a fin de restituir su ventajosa situación de diferencia. El gran problema para sus aspiraciones es que los distintos sectores urbanos (populares y de élite) se encuentran más vinculados de lo evidente y las diferencias entre los mismos no son lo suficientemente grandes ni sólidas como para sostener el “orden cultural” y las identidades propias del mismo. Recordemos que “la desaparición de las diferencias va asociada con frecuencia a la violencia y al conflicto. Los inferiores insultan a sus superiores; los diferentes grupos de la sociedad denuncian recíprocamente sus ridiculeces y maldades” (Girard1998:127). Ciertamente, el narrador describe una situación de crisis de la diferencia en la que él mismo es parte de ese colectivo que denuncia y reclama.

Compartir un espacio urbano obliga a los distintos sectores a interactuar de manera interdependiente. Como veremos en las líneas siguientes, a la luz de la narración, élite y plebe son económica y políticamente interdependientes. Las diferencias entre unos y otros resultarán, en mayor o menor medida, cuestionadas por un narrador que denuncia lo injusto y censurable que resulta resaltar las diferencias entre quienes no son, o no deberían ser, “diferentes”. Los sectores populares están cada vez más hartos de la desigualdad en términos de clase y, lejos de sentirse “diferentes”, consideran merecer un trato más igualitario (una forma de ciudadanía más homogénea). La diferencia es cuestionada con todo lo que ello implica.

Como hemos podido notar, la crisis de la diferencia se encuentra estrechamente ligada a la crisis del orden cultural, que no pocas veces degenera en violencia impura. Si bien el Indefinido presenta una abrumadora cantidad de marcas de pobreza material y de víctima sacrificial que lo tipifican como miembro del sector popular, no es precisamente un “canalla”: no es el vagabundo que camina sin rumbo por la calle ni el vendedor ambulante que con su actividad obstaculiza el orden y la libre circulación. No se trata de un hombre que deba ser expulsado de la calle, puesto que no tiene intención de pasar en ella más tiempo del absolutamente necesario. Utiliza el espacio público exclusivamente para circular por lo que difícilmente podría ser merecedor de una intervención por parte de quienes buscan “recuperar” la urbe. El Indefinido es pobre y su destino ha sido el mismo que el de los marginados desplazados de las calles hacia tugurios hacinados, pero se resiste a entrar en la categoría de “plebe” o “canalla” en el sentido estricto del término.

El protagonista no es un indigente. Se trata de un asalariado que maneja dinero (cuando le pagan) del cual depende para sobrevivir, como todo hombre ciudadano. Es un consumidor y, como tal, buena parte de la élite no puede prescindir de personas como él para desarrollarse económicamente. Esta situación de vínculo e interdependencia capitalista no podría darse (por lo menos, no con la misma intensidad) en un sistema de diferencias como el que opera en el caso de “El montonero”, en el cual el indio y el criollo viven en un estado de mutuo aislamiento, separados por el espacio, la cultura, la raza y la economía. En el caso de “El indefinido”, los dos colectivos comparten el espacio urbano y participan (aunque de manera desigual) en el mismo sistema económico. Las diferencias, en este último caso, no son tan marcadas.

Notemos que el primer espacio al que el protagonista se dirige es un local comercial público, una heladería y que, si bien el Indefinido consume, su amigo sí lo hace (Gamarra 1899: 80). En ningún momento se sugiere la posibilidad de que alguno de los dos sea objeto de discriminación. Se trata de una situación cotidiana que el narrador no aprovecha para continuar enfatizando la condición de marginado que evidentemente desea resaltar. Las marcas de marginalidad visibles en su vestimenta parecen operar como elementos de marginalidad en este contexto. La diferencia en el orden cultural resulta relativa en tanto el consumidor cumple una función esencial en el fortalecimiento de la economía de la élite capitalista. Por ello, eventualmente, podrá ejercer cierto grado de presión e incluso poder en el orden cultural imperante. Su papel (o función) en la sociedad, incluso con limitaciones económicas evidentes, no sólo es el de una víctima.

Ciertamente, la víctima tiene más elementos en común con el victimario de los que podríamos suponer en un principio. El poder potencial del Indefinido, en tanto consumidor, no es la única característica que nos sugiere que la “víctima” del orden cultural imperante no es tan indefensa como parece, pues también puede ocupar la posición de acreedor. Esta situación resulta interesante si consideramos que, en un primer momento, el papel del acreedor recae en el personaje del casero que reclama por la renta (Gamarra 1899: 82). Siendo el Indefinido el que ocupa la posición de arrendatario menesteroso, su papel es de víctima de un potencial desalojo por parte del acreedor. Sin embargo, esta posición es relativa. En un espacio diferente, el papel que el Indefinido cumple es totalmente opuesto. Cuando se pregunta por qué va a un lugar en el que se le trata como víctima (la Caja Fiscal), la respuesta pone en evidencia el hecho de que nuestro protagonista no es el “débil”, sino el “fuerte”. Él es quien tiene el poder por una simple razón: “Porque la nación le debe; porque tiene derecho para ir; y el acreedor puede llamar a las puertas de su deudor, puede llamar y no con el miedo del que parece que solicita algún favor, sino con la frente levantada como quien reclama lo que le pertenece” (Gamarra 1899: 84). El protagonista, al igual que el ciudadano de élite, tiene la capacidad de hacer escuchar su voz, maneja dinero, ejerce poder político a través del voto y puede también ocupar la posición de “acreedor” (propia del ciudadano de la élite).

Como víctima, no es absolutamente débil e indefenso. Existe, por lo menos de manera potencial, capacidad para reclamar y ejercer presión valiéndose de su poder. Él es un ciudadano y un militar que trabaja para el Estado. Se encuentra vinculado a la élite gobernante y, a pesar de su bajo

rango, es funcional a ella. No se trata, a pesar de su menesterosa condición, de un marginal propiamente dicho al que sólo corresponde la expulsión. Es un consumidor y un servidor público que, eventualmente, podría decidir dejar de ser funcional a la élite y “devolver el golpe” a quienes pretenden reducirlo a la condición de víctima sacrificial. Es evidente que estamos ante una situación de violencia potencial si tomamos en cuenta que “la multiplicación de las represalias pone en juego la propia existencia de la sociedad” (1998: 22). El protagonista, así como el colectivo social en él representado, también es capaz de reclamar y defender sus derechos ciudadanos. Por tanto, la confrontación abierta entre compatriotas es un riesgo latente. Recordemos que “no son los enemigos exteriores [en el caso del relato, los chilenos] los que llevan a las sociedades a su perdición, sino las ambiciones ilimitadas, la competición desenfundada, tal es lo que divide a los hombres en lugar de unirlos” (Girard 2002:78).

El espacio sagrado que simboliza el poder del orden imperante (el palacio, la Caja Fiscal), allí donde el Indefinido y otros como él son sacrificados por la élite de manera continua, es también el espacio del protagonista. Lo que debía constituirse como un espacio de sacrificio puede ser, eventualmente, un espacio de lucha en el que el Indefinido se enfrentará a los poderosos para reclamar, con la frente levantada, aquello que le corresponde. Dicho espacio no está libre de convertirse en un lugar de violencia recíproca de fuerzas antagónicas (la élite contra los marginales), justamente, el tipo de violencia con el que entramos en una “fase crítica que se asoma al delirio [...] a la destrucción y a la muerte” (Girard 1997:104).

La crisis de la diferencia entre ciudadanos de élite y gente como el Indefinido supone para el orden imperante un problema que, con el resultado de la guerra, se hará dolorosamente evidente. El espacio del victimario es también el espacio de la víctima: un lugar de sacrificio, pero también un espacio de lucha en el que la víctima pondrá a prueba su propio coraje y dignidad, un espacio donde también habrá de celebrar con la multitud el inicio de la guerra y la promesa de convertirse en victimario.

A pesar de su pobreza y escaso poder político, el Indefinido, al igual que quienes lo discriminan, participa en el mercado cumpliendo la función del consumidor. A pesar de ser un oficial de rango indefinido, es parte del Estado, un funcionario que cumple un papel cuya importancia habrá de incrementarse desde el 5 de abril de 1879. El Palacio, un lugar de poder simbólico, es un espacio cotidiano para el Indefinido al igual que para los “encopetados” de la élite. Es también el espacio del protagonista, quien no va para “adulaciones palaciegas”, sino para recibir del Estado aquello que le corresponde. Naturalmente, se indigna cuando esto no sucede, es decir, cuando se le niegan sus derechos y comienza a percibir la diferencia como injusta e ilegítima: no se siente diferente de quienes lo sacrifican ni merecedor de los abusos. De manera implícita, cuestiona o relativiza la diferencia que determina la iniquidad y el trato desigual al que es sometido. Si tomamos en cuenta que la crisis consiste en una propagación de la rivalidad mimética que al difundirse contamina las relaciones humanas (Girard 1997:116), se evidencia que el orden cultural peruano se encuentra en crisis.

Tal como hemos visto, la situación de indiferenciación se encuentra estrechamente ligada a la crisis del orden cultural y social. Esto se percibe al

examinar tanto el contexto histórico como los hechos descritos en la ficción narrativa. Los actores de la élite económica y política cambian. Los ricos se empobrecen y los poderosos pierden terreno político ante nuevos líderes que sostienen (por convicción o conveniencia) las banderas de los marginados. Los “desheredados” del sistema son cada vez más y demuestran su disconformidad con el abusivo sistema de diferencias. Ya no se sienten diferentes y, por ello, reclaman un trato más equitativo. El Indefinido está, ahora, con la frente levantada. Sus palabras resultan reveladoras: “Se acaba de declarar la guerra, vida mía, la patria llama a todos sus hijos” (Gamarra 1899: 85). Notemos que no se habla de clases, sino de un colectivo unificado, indiferenciado, en el que todos son hijos de la misma patria. El protagonista asimila el discurso mediante el cual el poder intenta legitimarse y consolidarse sobre los hombros de sus “ciudadanos vasallos”. El Estado llama a todos sus hijos, mediante un discurso que apela a una igualdad y cohesión social que no existen. Se trata de una mera ilusión del discurso del poder. Prueba de ello es que cuando las diferencias realmente empiezan a perderse o reducirse y la verdadera igualdad se abre paso, el poder y su orden social se tambalean.

La víctima se encuentra más vinculada con su victimario de lo que en un principio podíamos sospechar. También es capaz de convertirse victimario en tanto posee los motivos y la capacidad para hacerlo. El Indefinido es, en principio, un soldado valeroso que eventualmente puede darlo todo en nombre de la patria. Está listo para sacrificarse en el campo de batalla tanto o más de lo que se sacrifica en la ciudad, donde soporta los abusos de la élite. Pero también está listo para matar y más que deseoso de ir a hacerlo “aunque sea de soldado raso” (Gamarra 1899: 85). En consecuencia, la violencia que el

protagonista recibe en los múltiples maltratos sufridos resulta impura puesto que se dirige contra una víctima que no sólo presenta rasgos en común con su victimario, sino que tiene capacidad para responder y vengarse de la agresión. Se trata un hombre (y un colectivo por él representado) que, así como se defiende ante el agresor externo, puede defenderse ante el agresor (o sacrificador) interno. El “espacio sagrado” de Palacio, donde personas como el Indefinido son sacrificadas, se encuentra contaminado.

Podemos decir que la violencia se desbordó contra las víctimas incorrectas. El narrador nos demuestra que víctimas y victimarios no son lo suficientemente diferentes como para que el esquema sacrificial en el que participan no genere el malestar social y la crisis generalizada que se intenta evitar. La marca de pobreza que permite diferenciar al Indefinido y tipificarlo como víctima no sólo es consecuencia de la agresión del sistema que lo mantiene en condiciones de pobreza, sino que las fallas del mismo provocan que la violencia sea excesiva al empobrecerlo más de lo que ya es.

El narrador plantea una situación de crisis de la diferencia al plantear al Indefinido como un igual al ciudadano de élite. En tanto ciudadano, el protagonista presenta la misma (o mayor) dignidad y potencial que aquellos que le desprecian. En tanto hombre de familia y soldado valeroso, pasa a ser modelo de peruanidad. Esta situación de igualdad o pérdida de la diferencia podría llevar a un conflicto interno puesto que el marginal concebiría y desearía la misma nación que el ciudadano de élite y estaría dispuesto a luchar por ella. Si es igualmente capaz de valorar a la nación peruana y defenderla (igual o mejor que el ciudadano de clase alta), será capaz también de desear (y exigir) sus derechos como ciudadano; será capaz de entrar en una dinámica

deimitación de los deseos que generará, justamente, rivalidad y ese tipo de mimetismo que acaba por mirar al rival triunfante como indispensable (Girard 1989: 81). La violencia propia de esta rivalidad potencial es inminente, ya existe un conflicto, aunque no se ha desbordado todavía.

Si el Indefinido es capaz de defender lo que considera suyo, teóricamente, podría también defenderse de quienes pretenden convertirlo en víctima de manera abusiva. El sistema cultural de diferenciaciones, para el narrador, es una mera ilusión maliciosa y egoísta que no hace más que fomentar y, a la vez, encubrir una violencia intestina. Es un sistema inútil e injusto. Estamos ante una situación de violencia impura permanente, pero en la mayoría de sus aspectos sólo potencial. La escalada no ha comenzado, pero la diferencia entre unos y otros no está funcionando y, por ende, el sistema cultural tampoco.

La crisis sacrificial se manifiesta en la forma en la que el espacio sagrado se convierte en un lugar de violencia impura en el que los ciudadanos de un mismo país se agreden. Diferenciarse del marginal no sirvió para consolidar la unidad de la comunidad de élite, pues sus diferencias con la comunidad conformada por la plebe no son lo suficientemente sólidas ni permanentes como para consolidar identidades y mantener indefinidamente el orden cultural. Los avatares de la política y la economía lo evidencian.

Ante las brechas que separan a los peruanos, “Gamarra se forjó una conciencia profundamente nacionalista y creó un género de costumbrismo criollista con contenido social” (Fernández 1954: 135-136). Igual que en “El Montonero”, el narrador cuestiona el sistema de diferencias internas: pone en evidencia los vicios e injusticias, los vínculos entre las fuerzas antagónicas y

los insospechados elementos en común entre víctimas y victimarios. Se resalta lo común (la nacionalidad) en oposición a la diferencia (la clase social). La anulación de las diferencias internas significará, en última instancia, la necesidad de un nuevo sistema de diferencias en el que la violencia sacrificial ya no se producirá al interior del territorio nacional, sino más allá de sus fronteras.



Capítulo 3:

Del deseo mimético al doble monstruoso

La figura del rival, el chileno, constituirá un elemento detonante indispensable que percibiremos en el desarrollo de cada relato tanto en la transición del protagonista de víctima a victimario como en el planteamiento del “modelo” de igualdad que el narrador parece ver en el enemigo y desea para sus propios compatriotas. El patriotismo del Montonero no se sugerirá en absoluto sino hasta que estalla la guerra: una vez que la integridad del territorio nacional se vea amenazada (y sólo entonces) el protagonista dará muestras indudables de su amor por ella. En el caso de “El Indefinido”, el agresor extranjero constituirá también un agente activador de la acción que, teóricamente, provocará o inspirará una respuesta “heroica” por parte del protagonista. Igual que en “El Montonero” el rival (chileno) “convertirá” a la víctima peruana en victimaria y se constituirá así en el modelo a seguir: es el rival el que primero deseará la victoria para sí y sólo cuando el Indefinido advierta dicha situación será capaz de reaccionar, imitando (con convicción o sin ella) ese deseo. No será sino hasta la aparición del extranjero que ambos protagonistas obtendrán la oportunidad (y la motivación) para convertirse en héroes. El narrador expresará implícitamente un deseo de imitar la iniciativa bélica del enemigo, que el peruano haga lo mismo que el invasor: volverse lo suficientemente fuerte, determinado y cohesionado como para llevar la violencia más allá de las fronteras de su propio territorio nacional, agredir al extranjero y no al compatriota.

3.1 El Montonero

3.1.1 El objeto de deseo:

Es evidente que los chilenos desean la custodia, el territorio, la nación Peruana. Los peruanos indígenas desean lo mismo, ejercer plenamente su dominio sobre aquello de lo que el chileno pretende apoderarse, poseer esa nación que sus propios compatriotas criollos les negaron (antes de que el extranjero logre tomarla). Sin embargo, no hablamos precisamente de una confluencia de deseos en un mismo objeto. Más allá de toda consideración sobre el evidente valor y patriotismo del protagonista, lo que el narrador desea es que sus compatriotas sean como los chilenos, quienes presentan una serie de virtudes (unidad, fuerza, igualdad) que los peruanos no tienen y, evidentemente, necesitan. En otras palabras, nos encontramos ante una situación que nos ejemplifica cómo el deseo puede constituir la imitación de otro deseo (Girard 1997: 54). Lo que se desea en realidad, más allá de la inmediatez de una victoria o la afirmación de derechos sobre un territorio, es ser como los chilenos, de modo que el objeto termina siendo un mero “medio de alcanzar al mediador” (Girard 1985: 53). La amenaza de la guerra supone, en primera instancia, poner en juego elementos como la supremacía regional o la integridad del territorio nacional. Tales elementos, naturalmente, constituyen objetos de valoración y deseo para las naciones en conflicto. En toda guerra, el objeto de deseo por antonomasia es la victoria sobre el rival (la cual implica los elementos antes mencionados) y tal objeto es en el que, teóricamente, convergen los deseos de las naciones rivales. Sin embargo, en el caso

particular de “El montonero”, el rival extranjero es el primero en “desear” y, luego, “contagia” ese deseo a los peruanos que el protagonista representa. Como veremos más adelante, el deseo de victoria sobre el rival (lo que implica el deseo por ejercer dominio y posesión sobre el territorio nacional) se activará sólo cuando el protagonista descubra que existe un rival que desea lo mismo. Tal deseo, genuino o no, constituye la semilla de la violencia que está por desencadenarse.

3.1.2 El sujeto

En víspera de la guerra con Chile, el clima de injusticia y violencia recíproca potencial aludido en el desarrollo del relato hace eco de las circunstancias históricas particulares en las cuales está contextualizado. El conflicto interno se expresa, de manera continua, a través de las múltiples alusiones a la condición marginal del personaje y la falta de perspectivas de futuro. A diferencia del Indefinido, Juan Sin miedo no parece estar consciente de lo injusto que es el orden social en el que vive ni del conflicto social entre peruanos. Sintetizando las ideas de Washington Delgado, podemos decir que para las clases más oprimidas (las poblaciones india y negra), la Independencia no trajo un cambio, sino el mantenimiento y, quizá empeoramiento, de sus condiciones de vida, ya que las instituciones opresoras de la Colonia se mantuvieron, legal o encubiertamente, por varias décadas de vida republicana (1984: 40-41).

No perdamos de vista que, desde un principio, el narrador se sitúa en oposición al discurso en el que el indio es considerado un portador de rasgos negativos que lo descalifican como parte de la colectividad nacional (es decir, los criollos letrados y occidentalizados). Las primeras líneas constituyen una contundente defensa del pobre indio, “esclavo de una civilización que en nada ha cuidado tenerle presente” (Gamarra 1899: 65).

El protagonista es un hombre común y corriente sin mayores aspiraciones que, antes de la invasión chilena, no hace ni dice nada por la nación. No parece tener mayor lealtad por la patria ni por el Estado que la representa. Podríamos pensar que Juan Sin Miedo, dadas las condiciones en que vive, no sólo no siente mayor aprecio por su nación, sino que está decididamente resentido con ella. Antes de la guerra, llevó una vida ordinaria que el narrador no se preocupa en describir detalladamente. Hasta la época en que comienzan sus aventuras dedicó su vida a ser “peón, pastor, leñatero o cultivador en su *chacrita*” (Gamarra 1899: 67). En otras palabras, ya sea por propia voluntad o por acción de la élite criolla, el Montonero lleva una existencia ajena a la vida política nacional.

El protagonista, al igual que el colectivo social que representa, es calificado por el narrador como “dormido” o ajeno a la política nacional: “El Perú está de plácemes: en el Centro tiene a un soldado y ese soldado es el hijo del pueblo, del pueblo que dormía, del pueblo que, aletargado por tantos años de fatigas políticas, que hastiado de luchas interiores ‘que se defiendan ellos’ exclamaba, en la presente guerra, como vengándose del olvido injustificable en el que se le tenía” (Gamarra 1899: 66). El conflicto entre peruanos es el tema

que domina la narración hasta el momento en el que la noticia de la guerra llega a oídos de Juan Sin miedo.

El sistema de diferencias no funciona y prueba de ello es el conflicto que se desarrolla al interior de la nación. Es, precisamente, ese conflicto (más que la guerra contra Chile) lo que está poniendo al país en peligro. No parece haber lugar en el corazón del protagonista para el amor por la nación y sí para el resentimiento contra ella. Por tanto, consideramos poco probable el surgimiento de un deseo original de proteger el suelo patrio, es decir, un deseo que no sea motivado por personajes o circunstancias externas al sujeto protagonista. Al Montonero no se le presenta como un personaje que desee proteger un suelo patrio que no le permiten sentir como suyo sino hasta que surge un extranjero deseoso de invadir y capturar ese mismo suelo.

El narrador no escatima esfuerzos en demostrar cuán cruel puede ser la patria con sus propios hijos. El indio héroe, antes de la guerra, se ha caracterizado por ser víctima de una despiadada violencia estructural. Las primeras líneas, además de constituir una contundente defensa del indio, nos permiten hacernos una idea de la infamia que el protagonista, (por su condición de indio) ha debido soportar en medio de una civilización de la cual es “esclavo” (Gamarra 1899: 65). El patriotismo del personaje, entendido como deseo propio y genuino por cuidar y defender la patria, no se sugiere en absoluto sino hasta que estalla la guerra. Una vez que la integridad de la patria se ve amenazada (y sólo entonces) el protagonista da muestras indudables de su amor por ella: sólo cuando aparece el rival (chileno), la víctima se convierte en héroe victimario y aprende a desear para sí un objeto (el suelo nacional, la patria) que sus propios compatriotas criollos le negaron. El deseo del chileno

por ocupar el suelo patrio es lo que genera en el protagonista el deseo por defenderlo. En este caso, notamos que la exhibición de un deseo puede suscitar o reduplicar el deseo de un rival (Girard 1985:140). El protagonista sólo demuestra que valora el suelo nacional cuando aparece otro que amenaza con quitárselo. En términos de Girard, el Montonero desea (o valora) el objeto (el suelo patrio peruano) porque el propio rival (chileno) lo desea (1998: 152).

3.1.3 El modelo

Los chilenos son un colectivo indiferenciado que actúa como una sola máquina de destrucción disciplinada, despiadada y ordenada. Todos viven, luchan y mueren juntos (no como los peruanos). Los chilenos son mostrados como implacables. El narrador menciona la tortura y posterior muerte del Gobernador Baldeón a manos de los invasores que ocupan Cerro de Pasco y profanan el templo (Gamarra 1899: 68). A pesar de lo atroz de este comportamiento, el narrador no los juzga con la misma severidad que a sus propios compatriotas. Apenas, se limita a llamarlos “nuevos vándalos”, para luego continuar con el relato.

Como colectivo indiferenciado, los chilenos se mueven juntos como una sola máquina de matar. Nunca vemos entre ellos conflictos internos, como sí sucede con los peruanos. En ningún momento, ni siquiera en el de su aplastante derrota (Gamarra 1899: 72), los chilenos presentan comportamientos desleales, egoístas o decididamente cobardes en la forma en la que enfrentan al enemigo o se relacionan entre sí. Los chilenos son un

colectivo indiferenciado, libre de las desigualdades presentes en el Perú que el narrador menciona. Sobre la relación modelo-sujeto, Girard nos dice: “La rivalidad no es el fruto de una convergencia accidental de los dos deseos en un mismo objeto. *El sujeto desea al objeto porque el propio rival lo desea.* Al desear tal o cual objeto, el rival lo designa al sujeto como deseable” (1998: 152).

Notemos que el narrador pierde (o ignora deliberadamente) una gran oportunidad para criticar al enemigo con el mismo vigor que a sus propios compatriotas. Parece decidido a señalar la situación de debilidad nacional que supone el conflicto interno e, indirectamente, sugerir que la aparente unidad del enemigo chileno es la cualidad que los peruanos deberíamos admirar y ambicionar. El narrador, como peruano, rechaza y lamenta el conflicto interno, busca un nuevo modelo a seguir que parece estar representado nada menos que por el enemigo. Es notable la diferencia entre las críticas al enemigo extranjero y las que se hacen a los propios compatriotas. Podemos decir que el narrador admira a los chilenos si tomamos en consideración que, según el esquema de Girard, el deseo está esencialmente dividido entre el yo (en este caso, el peruano) y el otro (chileno), quien aparece cada vez más poderoso y más autónomo que el yo (1997: 54). No perdamos de vista que el invasor extranjero representa todo aquello que el peruano necesita ser para prevalecer.

La circulación de ideas positivas y favorables a Chile fue una realidad innegable y plenamente documentada durante los años de posguerra en el Perú: “Hacia menos de diez años que la guerra había concluido, y probablemente debieron estar infundidos sentimientos de aversión hacia el país vecino. Pero en el plano oficial primaba la búsqueda de conciliación. Después

de todo, por entonces se confiaba que las provincias de Tacna y Arica podían ser recuperadas” (Basadre, citado en Millones 2009: 154). Poco tiempo después del conflicto, durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del siguiente, se expresó continua y públicamente en distintos e importantes sectores de la sociedad peruana una visión positiva de la nación chilena (Millones 2009: 155)⁹. Al respecto, podemos referir el discurso del Doctor Hildebrando Fuentes, vicepresidente de la Liga de Defensa Nacional, en el que se afirma que gracias a la derrota desaparecieron males sociales como la corrupción política, atribuida a las riquezas de Tarapacá, y las revoluciones del caudillaje (El Comercio, citado en Millones 2009: 155). Ciertamente, en nuestra sociedad se generó un resentimiento contra Chile que se ha mantenido, en algunos sectores sociales, hasta hoy; sin embargo, paradójicamente, este resentimiento se ha desarrollado de la mano con una innegable admiración por el desarrollo del país vencedor (Cavieres 2006: 47). Esta curiosa situación, como afirma Eduardo Cavieres, obedece a cuestiones históricas, ideológicas y culturales enraizadas en el tiempo (2006: 48). Por estas razones, no es extraño percibir cierta admiración por Chile en el desarrollo del relato. El objetivo principal de la crítica y denuncias del narrador no es el extranjero invasor, sino el compatriota de la élite que con sus actitudes discriminatorias imposibilita todo intento de lograr cohesión nacional en el Perú (objetivo que parece comenzar a lograrse, paradójicamente, gracias al chileno).

⁹Iván Millones refiere que durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, en medio de un clima de estabilidad económica y política, predominó en sectores de la élite una visión positiva de Chile, traducida en discursos en los que el hecho de haber perdido la guerra no era visto en términos negativos, incluso se llegaría a afirmar públicamente que gracias a la derrota el país se había salvado. Iván Millones. “Odio y venganza: Lima desde la posguerra con Chile hasta el Tratado de 1929” En: Claudia Rosas (ed.) *El odio y el perdón en el Perú: siglos XVI al XXI*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009, p. 155.

Al agredir al Perú, el Chile representado en el relato demuestra su unidad y cohesión internas. Manifiesta, implícitamente, su propio orden cultural cuya división no es entre clases al interior de la sociedad, sino contra una víctima más allá de las fronteras: Perú. Tal orden cultural se basa en la nacionalidad como elemento diferenciador y no en la clase. En este caso, el chileno estaría llamado al sacrificio en nombre de una nación y no de una clase. Dicha forma de orden cultural calza perfectamente con las aspiraciones del narrador. Ir a la guerra implica también un sacrificio para los chilenos, pero podemos suponer que a través de él su nación aspira a fortalecerse poniendo su carácter a prueba si es que tomamos en cuenta que la nación, en términos de Ernest Renan, es una conciencia moral que se legitima en tanto prueba su fuerza por los sacrificios que exigen la abdicación del individuo en provecho de la comunidad (1990: 20). Ese orden cultural es precisamente el que el narrador desea implantar en el Perú a fin de que la violencia ritual no se produzca entre miembros de la misma nación (divididos por clases), sino más allá de las fronteras.

Es evidente que la figura del rival, el chileno, constituye un elemento detonante indispensable en el desarrollo del relato, tanto en la transición del protagonista de víctima a victimario como en el planteamiento del “modelo” de igualdad que el narrador parece ver en el enemigo y desea para sus propios compatriotas. En este caso, podemos decir que el rival chileno debe interpretarse, en términos de Girard, como un “modelo” (1997: 79), pues no es sino hasta la aparición del mencionado enemigo externo que el protagonista obtiene la oportunidad de convertirse en héroe, lo cual, a su vez, constituye la base temática para la retórica con la que el narrador articula su defensa del

indio y su crítica a la sociedad peruana. Por otro lado, el enemigo, a pesar de cumplir la función del “villano”, está libre de esa gran tara (la desigualdad, el conflicto interno) de la que el narrador desea liberar a sus compatriotas. La unidad, manifestada en la determinación del enemigo es, precisamente, lo que el peruano desea o debería desear para sí, según el narrador. El rival (chileno) “convierte” a la víctima peruana en victimaria y resulta ser, en términos de Girard, el modelo a seguir que el narrador busca presentarnos. Después de todo, el invasor extranjero es el modelo que hace todo aquello que, se supone, los peruanos deberían (aprender a) hacer: luchar en la guerra por su país, afirmar sus derechos sobre el territorio que consideran suyo y mantenerse unidos hasta el final. Una sociedad sin conflictos y debidamente cohesionada (lo suficiente como para hacerle la guerra a otra) es la aspiración fundamental del narrador.

3.2 El Indefinido

3.2.1 El objeto de deseo

Los chilenos desean la victoria sobre un rival, la posesión del territorio peruano. Los peruanos como el Indefinido desean lo mismo, conservar aquello de lo que el chileno pretende apoderarse, poseer esa nación que sus propios compatriotas les negaron (antes de que el extranjero logre capturarla para sí). Ahora bien, más allá de toda consideración sobre el presunto valor o patriotismo del protagonista, lo que se desea es ser, en última instancia, como los chilenos, quienes presentan virtudes que los peruanos no tienen y,

evidentemente, necesitan. Recordemos que el deseo siempre es la imitación de otro deseo (Girard 1997: 54) y que el objeto no es más que un medio para alcanzar al mediador (Girard 1985: 53). La amenaza de la guerra supone, en primera instancia, poner en juego elementos como la supremacía regional o la integridad del territorio nacional, los cuales constituyen objetos de valoración para las naciones rivales. En toda guerra, el objeto de deseo inmediato es la victoria sobre el enemigo (la cual incluye los elementos antes mencionados). Es en tal objeto en el que, teóricamente, convergen los deseos de las naciones rivales. Sin embargo, el rival extranjero chileno es el primero en “desear” y, luego, “contagia” ese deseo a los peruanos que el Indefinido representa. Como veremos más adelante, el deseo de victoria sobre el rival (lo que implica el deseo por ejercer dominio y posesión sobre el territorio nacional) se activará sólo cuando el protagonista descubra que existe un rival que desea lo mismo. Tal deseo, genuino o no, constituye la semilla de la violencia que va a desencadenarse.

3.2.2 El sujeto

En vísperas de la guerra con Chile el clima de injusticia y violencia recíproca potencial se percibe en el desarrollo del relato y en las circunstancias históricas particulares en las cuales está contextualizado. El conflicto interno se expresa, de manera continua, a través de las múltiples alusiones a la condición menesterosa del personaje, los agravios que debe soportar en su vida cotidiana y la falta de perspectivas de futuro. Está consciente de lo injusto del

orden social en el que vive y del conflicto entre los ricos (la élite) y los marginados que mueren de hambre (Gamarra 1899: 83).

Tal como se ha mencionado en líneas anteriores, la década de 1870 supone un punto de quiebre en el que las diferencias de clase (política o económica) se ven trastocadas por la irrupción de nuevos actores en las más altas esferas políticas y la reducción del poder de algunos miembros de la élite económica. Como hemos visto en líneas anteriores, ciudadanos aparentemente más receptivos al clamor de los sectores populares acceden al poder ejecutivo y, en respuesta, son calificados de “canallas” por el discurso de una élite civilista que intenta recuperar el terreno político perdido y recapturar el monopolio económico a fin de restituir su ventajosa situación de diferencia.

No perdamos de vista que, en el marco del discurso de polarización “decentes-canalla”, la “canalla” incluía también al grupo de “bribones” que controlaban el aparato estatal (Mc Evoy 1997: 197). El conflicto entre peruanos es el tema que domina la narración hasta el momento en el que la noticia de la guerra llega a oídos del Indefinido. El sistema de diferencias no funciona y prueba de ello es el conflicto que se desarrolla al interior de la patria. Es, precisamente, ese conflicto (tal vez más que la guerra contra Chile) el que está poniendo al país en peligro. No parece haber lugar para el amor por la nación y sí para el resentimiento contra ella. Por ello, consideramos poco probable el surgimiento de un deseo original de defender el suelo patrio, es decir, un deseo que no sea motivado por personajes o circunstancias externas al sujeto protagonista. Al Indefinido no se le muestra como un personaje que desea proteger un suelo patrio (que no le permiten sentir como suyo) sino hasta que surge un extranjero deseoso de invadir y capturar ese mismo suelo.

El protagonista pasa su tiempo dedicándose a su familia, agobiado por problemas cotidianos y domésticos que poco o nada tienen que ver con los asuntos de índole nacional. Hasta ese momento, se trata de un ser anónimo, aparentemente vencido y sobrepasado por los problemas cotidianos. El Indefinido es un hombre de familia común y corriente sin mayores aspiraciones que no hace ni dice nada por la nación.

Como hemos visto, el narrador no escatima esfuerzos en demostrar cuán ingrata puede ser la patria con sus propios hijos. El patriotismo del protagonista, al igual que en el caso de “El Montonero”, no se sugiere en absoluto sino hasta que estalla la guerra. Una vez que la integridad del territorio nacional se ve amenazada (y sólo entonces) el Indefinido cambia por completo su actitud ante el mundo. Su frustración se convierte en realización; su apatía, en coraje; su tristeza, en júbilo; y su dolor, en fuerza: “Que se acaba de declarar la guerra, vida mía, la patria se vuelve loca de gusto” (Gamarra 1899: 85). Únicamente cuando la patria se ve amenazada, nos da muestras (aunque no necesariamente pruebas) de su amor por ella. Sólo cuando aparece el rival (chileno), la víctima se “convierte” en héroe victimario (por lo menos de manera potencial) y demuestra su nueva identidad (o faceta), anunciando el advenimiento del nuevo sistema sacrificial. El deseo del chileno por ocupar el suelo peruano es lo que genera en el protagonista el deseo por defenderlo. El Indefinido ilustra cómo, en términos de Girard, la exhibición de un deseo puede “suscitar o reduplicar el deseo de un rival” (1985:140) en la medida que el protagonista desea (o valora) el objeto (el suelo patrio peruano) porque el propio rival (chileno) lo desea (1998: 152). En el relato, es el rival quien toma la iniciativa de la guerra. Desea la victoria (y la posesión del territorio peruano)

antes que el Indefinido (quien sólo adopta ese deseo una vez que descubre que alguien más desea lo mismo).

3.2.3 El modelo

Los chilenos aparecen como un colectivo indiferenciado al que el narrador no se preocupa en describir. El narrador pierde (o ignora deliberadamente) una oportunidad para criticar al enemigo con el mismo vigor que a sus propios compatriotas. Parece decidido a señalar la debilidad que supone el conflicto interno e, indirectamente, sugerir que la aparente unidad del enemigo chileno es la cualidad que deberíamos admirar y desear para nosotros. Cabe, en este punto, considerar lo dicho por Girard: “El rival es el modelo del sujeto [...] en el plano más esencial del deseo” (1998: 152). El narrador rechaza y lamenta el conflicto interno, busca un nuevo modelo a seguir que parece estar representado, paradójicamente, por el enemigo. El rival chileno emerge como el modelo del sujeto peruano. En este relato, también podríamos plantear que el narrador admira a los chilenos si recordamos que el deseo, en términos de Girard, “está esencialmente dividido entre el yo y el otro, quien aparece cada vez más poderoso, más autónomo que el yo” (1997: 54).

Ahora bien, debemos preguntarnos quién es este gran “otro” que “enseña” cómo ser al protagonista. La descripción directa del invasor chileno es nula. A diferencia de “El Montonero”, en “El indefinido” llama la atención el desinterés total del narrador por caracterizar al agresor extranjero. Sin embargo, dicho agresor sí presenta características relevantes que podemos

notar si tomamos como punto de referencia la perspectiva del Indefinido. La presencia del enemigo extranjero, como ya se ha dicho, trae al personaje una alegría tan estridente como perturbadora. El enemigo y la guerra que se avecina constituyen el detonante que convierte al Indefinido en un héroe orgulloso, valiente y seguro de sí mismo (por lo menos, eso es lo que da a entender con sus palabras).

El narrador, por su parte, desaprovecha toda oportunidad de caracterizar al invasor como un villano. No se toma la molestia de atribuirle rasgos negativos como la crueldad o la belicosidad (algo que sí sucede en el caso de “El montonero”). Ni siquiera nos dice que el agresor es chileno (aunque es algo que se deja deducir). El enemigo, es presentado básicamente como la fuente de todos los elementos positivos que el Indefinido desea para sí: honor, gloria y poder. Ir al encuentro del enemigo es ir al encuentro de la dignidad, la realización personal (profesional, económica o moral), la identidad. En cierta forma, el narrador desea que el protagonista (y la nación que este representa) sea como el invasor: lo suficientemente fuerte, determinado y cohesionado como para declararle la guerra al “otro” (desde la perspectiva del chileno, el Perú) en lugar de hacérsela a sí mismo (como sucede en el conflicto de clases entre peruanos). Dicho de otro modo, el narrador desea imitar la iniciativa bélica del enemigo, que el peruano haga lo mismo que el invasor: llevar la violencia más allá de las fronteras de su propio territorio nacional, agredir al extranjero en lugar del compatriota.

Pese al trauma que supone todaderrota, como vimos en líneas anteriores, la circulación de ideas positivas y favorables a Chile durante los años de posguerra en el Perú es un hecho documentado. El objetivo principal

de la crítica y denuncias del narrador no es el extranjero invasor, sino el compatriota que con sus actitudes imposibilita todo intento de lograr cohesión nacional en el Perú. Al agredir al Perú, Chile demuestra su unidad y manifiesta, implícitamente, su propio orden cultural cuya división no es entre clases al interior de su sociedad (sino entre nacionalidades) y cuya víctima sacrificial se encuentra más allá de las fronteras. Tal orden cultural es precisamente el que el narrador admira y desea implantar en el Perú.

La figura del “otro”, el chileno, constituye un elemento detonante indispensable en el desarrollo del relato, tanto en la transición del Indefinido de víctima a victimario como en el planteamiento del “modelo” que el narrador parece ver en el enemigo y desea para sus propios compatriotas. El agresor extranjero constituye un agente activador de la acción que provoca o estimula una respuesta “heroica” por parte del protagonista. El enemigo, a pesar de cumplir la función del “villano”, está libre de esa gran tara (la desigualdad, el conflicto interno) de la que el narrador desea liberar a sus compatriotas. La unidad que posee el chileno, manifestada en la capacidad para llevar (o expulsar) la violencia fuera de su suelo patrio es, precisamente, lo que el peruano debería desear para sí. El invasor es el modelo que hace todo aquello que, se supone, los peruanos deberían (aprender a) hacer: luchar en la guerra por su país, afirmar sus derechos sobre un territorio que consideran merecero, ante todo, mantenerse unidos. Nuevamente, notamos que la aspiración del narrador es, justamente, una sociedad sin conflictos lo suficientemente cohesionada como para hacerle la guerra a otra.

Capítulo 4:

De la semejanza a la sustitución

Un nuevo “chivo expiatorio”(el chileno) anunciará, en cada relato, la esperanza de un nuevo orden que, a su vez,cohesione a un nuevo modelo de ciudadano: el peruano (sin distinciones de raza o clase social). Si bien en el caso de “El Montonero” la sustitución de la víctima potencial (el criollo peruano) por la nueva víctima (el criollo chileno) supondrá una continuidad evidente (la marca de la condición criolla de ambos sujetos), en el caso de “El indefinido” notaremos que la continuidad es más difícil de determinar de manera incontrovertible. Ahora bien, más allá de toda especulación sobre las presuntas similitudes (implícitas o explícitas) entre el agresor compatriota y el extranjero, se hará evidente que nos encontramos ante una operación de sustitución: la violencia latente en el interior de la nación peruana se desviará saludablemente hacia el extranjero y así el conflicto interno latente se solucionará con la sustitución del opresor compatriota (en tanto víctima potencial de venganza por parte del oprimido) por el invasor chileno. En otras palabras, según la visión del narrador, la violencia latente en el interior de la nación peruana se desviará saludablemente hacia el extranjero a través de la operación de sustituir, en el papel de víctima potencial, al tirano compatriota por el tirano extranjero. El resultado será, naturalmente, un nuevo orden cultural y un nuevo sistema de diferenciación basado en la nacionalidad(y ya no en la clase o la raza).

4.1 El Montonero y los criollos chilenos

Los chilenos no son el enemigo principal del indio, pero pasarán a convertirse en la víctima ideal de sustitución, pues al inocular no al culpable, sino a uno de sus allegados, se aparta de una reciprocidad que se rechaza porque es abiertamente vengativa (Girard 1998: 33). Los peruanos que agreden sistemáticamente al indio presentan un fundamental punto de coincidencia con los chilenos: condición criolla. Así, podemos hablar de sustitución del culpable por sus allegados (quienes comparten con él dicha condición). En la prensa chilena, por ejemplo, podemos encontrar elementos discursivos que delatan la visión criolla a partir de la cual los invasores entendían su guerra contra el Perú como un choque entre la civilización y los “indios salvajes sin patria ni ley” (Mc Evoy 2011: 417)¹⁰. Cabe mencionar que fueron, justamente, los representantes de aquella “república civilizada” que intentó dominar la “barbarie indígena” en la sierra peruana los que penetrarían en la Araucanía para deshacerse de esos otros bárbaros que amenazaban el

¹⁰ “El momento culminante de la guerra civilizatoria fue la batalla de Concepción (9 de julio de 1882) [...]. Lo que resulta relevante para nuestro análisis es la manera como la prensa chilena identificó a ambos contrincantes, lo que refleja con claridad la tensión cultural que caracterizó al discurso de la guerra [...]. De un lado, a “los indios y cholos montoneros” armados con “garrotes, hondas y lanzas”, quienes “demostraban mucha valentía” debido a que venían “embravecidos por la borrachera”; y del otro, a “los titánicos soldados” del Chacabuco, quienes con extremo heroísmo metían sus afiladas bayonetas “en las compactas masas de los embrutecidos cholos”. La caracterización del combate de Concepción como “una orgía de alcohol y de sangre”, y la descripción de los montoneros de Cáceres como “cobardes chacales”, “hordas ebrias y desordenadas”, “salvajes desalmados”, bandadas de famélicos gallinazos”, “caribes” asesinos de mujeres y de niños recién nacidos, “desenfrenados cholos” que se animaban mutuamente con discordantes alaridos que semejaban al lúgubre rugido de las panteras, muestran la dimensión que adquirió la confrontación entre aquello que se denominó la “civilización chilena” y la “barbarie peruana”. Y es que lo ocurrido en la ciudad serrana, una escena semejante a la resistencia en las Termópilas por Leonidas significó, siguiendo este argumento, el encuentro simbólico entre Ignacio Carrera Pinto, el descendiente directo de uno de los padres fundadores de la República de Chile, y “una horda de indios salvajes sin patria ni ley”. Carmen Mc Evoy. *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Lima: Centro de Estudios Bicentenario, 2011, pp. 416-417.

proyecto civilizador occidental (como el de sus pares criollos peruanos) del que Chile siempre se enorgulleció (Mc Evoy 2011:417). La sustitución no se basará en una venganza del indio contra el compatriota criollo que le agrade, sino contra criollos extranjeros (los chilenos). El nuevo sistema de diferenciación supone sustituir al criollo peruano (en tanto víctima potencial de venganza) por el criollo extranjero a fin de unificar a la comunidad (en términos nacionales y no raciales). Las siguientes palabras de Girard, para efectos de la sustitución, son reveladoras: “La ley separa y diferencia a los dobles potenciales; canaliza el deseo mimético hacia metas que son realmente trascendentes [...]. Tales metas son comunes a todos y no son divisivas. Mientras la ley está viva, ella impide que las ‘diferencias’ y las ‘identidades’ se disuelvan y vuelvan a la turbulenta confusión de los dobles” (Girard 1997: 92).

Recordemos lo dicho por Girard: “El funcionamiento correcto del sacrificio exige, [...], una apariencia de continuidad entre la víctima realmente inmolada y los seres humanos a los que esta víctima ha sustituido” (1998: 46). Los chilenos son presentados como los “otros” que desconocen el territorio que ocupan y caen fácilmente en una emboscada. Los chilenos son aplastados sin poder ver desde dónde los atacan los guerrilleros indígenas (Gamarra 1899: 73) y con ello se hace evidente que es la “ruralidad” de los combatientes peruanos lo que les permite moverse con confianza en el espacio de la cordillera, desafiando el peligro mortal.

Precisamente, para evitar una guerra civil producto de la pérdida de la diferencia entre criollos e indios, se hace preciso buscar una nueva víctima y organizar en torno a ella un nuevo sistema de diferencias en el cual todos los peruanos por igual puedan canalizar sus impulsos violentos sin llegar a la

autodestrucción. La víctima, por supuesto, debe ser capaz de “polarizar de una sola vez todos los antagonismos en un único y mismo adversario” (1889: 87). Por un lado, el indio presenta rasgos que lo equiparan con el criollo peruano; por otro, se reafirman los rasgos que lo diferencian con ese mismo sujeto criollo, precisamente aquellos rasgos esenciales para salvar a la nación que se manifiestan en la disposición a morir en defensa de la patria. Ante el nuevo “chivo expiatorio” encarnado por el chileno, el indio comienza a mostrarse como un ser capaz de rivalizar con el criollo peruano en la tarea de construir a la nación peruana y esta equidad supone un conflicto potencial, una guerra civil. Juan Sin Miedo es un héroe libre y seguro de sí mismo que dirigirá a sus hombres hacia la victoria, es un indio peruano autóctono que domina su territorio a plenitud ante los extranjeros invasores. Apenas el protagonista habla de reclutar, quienes le escuchan asumen el reto y se reúnen “cuarenta compañeros, armados como cada cual ha podido y equipados de cualquier modo” (Gamarra 1899: 69).

La rica custodia del Pueblo de Junín representa un tesoro, en términos tanto subjetivos como objetivos, despierta la codicia de los chilenos y el heroísmo del Gobernador Baldeón, quien se consagra también como ejemplo de valentía por su disposición a morir (Gamarra 1899: 68). El letrado criollo y el indígena pasan a compartir una nueva identidad definida en oposición a un nuevo “chivo expiatorio”: el invasor, extranjero y agresor chileno. La distinción básica entre el criollo (letrado, urbano, racionalista, político) y el indio (no-letrado, andino, rural, subjetivo, guerrero) se mantiene. Sin embargo, ante la irrupción del enemigo extranjero, estas diferencias internas comienzan a mostrarse como relativas.

El potencial conflicto interno entre peruanos criollos e indios es “solucionado” con un nuevo sistema de diferencias (basado en la nacionalidad), esta vez, entre el peruano (indio o criollo) y el chileno. Lo que Juan Sin Miedo sacrificará no es otra cosa que hombres criollos, como aquellos que convirtieron a la raza indígena en víctima de marginación, olvido y desprecio. Sin embargo, no se trata de los mismos criollos (peruanos), sino de invasores extranjeros. En términos de Girard, lo que tiene lugar es una sustitución, la inmolación no de un culpable, sino de uno de sus “allegados” (1998: 33). Podemos decir que los chilenos tienen una indudable marca en común con los peruanos que desprecian al indio: representar una nación criolla. El conflicto potencial producido por un acto de violencia impura (agravios del criollo peruano contra el indio) se soluciona a través de un rito de violencia purificadora (la masacre de los chilenos en la emboscada de Juan Sin Miedo). Así, el sacrificar al chileno pasaría a ser, en términos de Girard, un acto de “buena violencia” (una violencia unánime) que en lugar de intensificar la agresividad (entre peruanos) le pone fin (2002: 113).

Cabe mencionar que la “violencia purificadora” mencionada en el párrafo anterior podría ser catalogada, en un primer momento, como impura si la tomamos como una simple respuesta (venganza o represalia) de los indios al asesinato del gobernador de Junín. Sin embargo, debemos resaltar que la situación de violencia inicial con la que el relato comienza no es la ocupación de Junín, ni siquiera el primer ataque chileno en suelo peruano. La situación de violencia con la que el relato se inicia no es una violencia del chileno contra el peruano, sino del criollo peruano contra el indio peruano.

Lo importante, para efectos de la sustitución, más allá de las circunstancias particulares, es que los peruanos que agreden al indio mediante una sistemática exclusión están vinculados con el invasor extranjero a través de la condición criolla por lo que éste último representa una víctima ideal para sustitución, en tanto presenta continuidad con el “culpable” (el victimario peruano criollo). No se trata de una venganza del Montonero contra quien le agrede (un colectivo peruano), sino contra un colectivo extranjero (los chilenos). Así, el ciudadano indio y el criollo pasan a constituir una unidad definida en oposición a un nuevo “chivo expiatorio”: el chileno invasor, extranjero y agresor. La distinción básica entre el peruano criollo (urbano occidentalizado) y el indio (rural andino) se mantiene. Sin embargo, ante la irrupción del enemigo extranjero, tales diferencias internas comienzan a mostrarse como relativas, mientras las diferencias en términos de nacionalidad se resaltan en función de la circunstancia particular. El nuevo “chivo expiatorio” (en otras palabras, la nueva víctima) anuncia la esperanza de un nuevo sistema sacrificial que cohesione, a su vez, al nuevo “ciudadano modelo”: el peruano (sin distinciones de raza).

4.2 El Indefinido y los “vecinos anónimos chilenos”

Los chilenos no son el enemigo principal del protagonista, sino la víctima ideal de sustitución. La élite peruana que agrede sistemáticamente al Indefinido presenta diversos e insospechados puntos de coincidencia con los chilenos. En ambos casos, hablamos de un poder vecino en expansión dispuesto a desplazar a cualquier “otro” que se interponga en su camino. En el primer caso,

se trata de vecinos que comparten una misma ciudad (Lima) con su víctima de agresión (el Indefinido); en el segundo, de vecinos que comparten una misma región sudamericana con quienes serán víctimas de su agresión (los peruanos y los bolivianos). En el caso de “El Montonero”, ciertamente, la idea de vecindad no se presenta. Juan sin Miedo vive al margen del mundo del criollo letrado (el mundo de quienes lo agreden con su olvido e indiferencia) y no participa de la guerra sino hasta que los chilenos ya se encuentran marchando en territorio peruano. En el caso de “El Indefinido”, en cambio, tal como mencionamos en líneas anteriores, agresor y víctima son vecinos en una misma ciudad con todo lo que ello implica en términos políticos y económicos. Los chilenos, a su vez, son vecinos de los peruanos (y los bolivianos). El Indefinido, a diferencia de Juan sin Miedo, tiene una idea, aunque vaga, de quiénes son los que le agreden con su indiferencia e indolencia y los nombra en un momento dado al lamentarse por su condición paupérrima que contrasta con la de los ricos (Gamarra 1899: 85). El agresor del Indefinido le es cercano, familiar, es parte de su cotidianidad. La relación de vecindad se mantiene cuando pasamos del ámbito local urbano al de tipo internacional regional. Así como la élite limeña es vecina de su víctima (los marginales), los chilenos presentan una relación de vecindad con respecto a sus víctimas potenciales de agresión (los peruanos en general).

Otro elemento de continuidad entre el “culpable” (el ciudadano de élite limeño) y la víctima de sustitución (el chileno) es la condición de anonimato: ambos son personajes básicamente desconocidos para el Indefinido. Lo más parecido a un representante de la élite es el casero, apenas mencionado, que reclama la renta a la familia del protagonista. La violencia

contra el Indefinido se manifiesta, como ya hemos planteado, en una situación de exclusión que constituye, más que una agresión aislada, directa y personal, una realidad estructural del sistema imperante en su propio país. Los chilenos, por su parte, son colectivos, masas, grupos o simples amenazas sin rostro más allá de la frontera. Ambos colectivos suponen poderes anónimos en expansión que amenazan (de manera efectiva o potencial) lo que se cruza en su camino.

El narrador mantiene al chileno en el anonimato dejando entrever, apenas, el hecho de que se trata de un poder extranjero en expansión. Dadas las circunstancias, el protagonista debe elegir entre dos enemigos “anónimos”. Sustituye a uno (el peruano) por otro (el chileno) y cambia, en el acto, una violencia recíproca (o vengativa) por otra que debería resultar positiva para la sociedad peruana. En este relato, volvemos a encontrar la idea de una “buena violencia” (una violencia “unánime”) que le pondrá fin a la agresividad (entre peruanos) en lugar de intensificarla (Girard 2002:113).

Podríamos, además, suponer que la marca de la condición criolla vincula a la élite limeña con los chilenos (racial y culturalmente). En el caso de “El Montonero” es claro que tal marca vincula al agresor (el letrado criollo) con la víctima de sustitución (el invasor chileno) al mismo tiempo que lo diferencia (cultural y racialmente) con el indio Juan sin Miedo. En el caso de El Indefinido, ciertamente, la condición criolla podría constituir un punto más de vinculación y no de diferencia con sus compatriotas victimarios. Al compartir el espacio urbano es probablemente que, culturalmente, el Indefinido sea criollo. Inclusive podría serlo, también, en el aspecto racial (aunque no parece probable).

Lo importante, para efectos de la sustitución, es que en la élite limeña existe una continuidad con el invasor extranjero por lo que éste último

representa una víctima ideal para sustitución en tanto presenta continuidad con el “culpable” (el victimario peruano de élite). No se trata de una venganza del Indefinido contra quien le agrede (un colectivo peruano vecino y anónimo), sino contra un colectivo extranjero vecino y anónimo (los chilenos) que, hasta el momento, no le ha hecho tanto daño como sus propios compatriotas. Ciertamente, siguiendo el razonamiento de Girard, no pretenderemos reducir la situación a una mera cuestión de “culpabilidad o inocencia” (1998: 12). La idea de culpabilidad (y, por extensión, la de inocencia) nos sirve para resaltar la relación entre el victimario (la élite peruana) y la víctima (el Indefinido). No perdamos de vista el afán del narrador por resaltar el problema social del marginado y señalar (o acusar) al culpable. Lo que debemos resaltar es que, en lugar de agredir a un poder vecino sin rostro que le agrede sistemáticamente, el Indefinido opta por dirigir su atención (y su agresión reprimida) contra otro poder vecino sin rostro que se encuentra más allá de la frontera: los chilenos. Tal como dice Girard, el funcionamiento del sacrificio exige una apariencia de continuidad (en este caso, la condición de ser un poder vecino sin rostro) entre la víctima inmolada y los seres humanos a los que dicha víctima ha sustituido (1998: 46).

Los chilenos son presentados como los “otros” en el sentido más amplio del término. El narrador no se molesta en describirlos, como sí sucede en el caso de “El Montonero”, y tampoco llegamos a apreciar una escena de combate. Sin embargo, sabemos que son el enemigo, una fuerza cuyo rostro no se deja ver y que amenaza a élite y plebe por igual, en tanto ambos colectivos pertenecen (por lo menos, en teoría) a la misma nación. Para caracterizar al invasor, sin salir de los datos que el relato nos ofrece, sólo nos

queda tomar como referente la perspectiva del protagonista. Una vez que la noticia de la guerra se difunde, el Indefinido puede asumir dos posiciones: la derrotista y la triunfalista. Para un hombre pauperizado cuya única posibilidad de sustento es el oficio de la guerra, es lógico que tal acontecimiento sea motivo de júbilo. No obstante, si observamos el contexto, notaremos que no se trata de un fenómeno aislado. La guerra provoca una celebración generalizada que difícilmente podría limitarse al pequeño colectivo de los militares impagos: “¡Hoy es un día grande! ¿No oyes esos cohetes, esos gritos, esas carreras? Todos van a la plaza. ¡A las armas, pues, a las armas¹¹” (Gamarra 1899: 86). La celebración se produce en el Palacio, el lugar que representa a toda la nación: “Se acaba de improvisar un batallón y me voy aunque sea de soldado raso; en Palacio la multitud no cabe, los empleados del Ministerio han cedido el veinte por ciento de sus haberes; yo he dicho que me den mi sueldo de este mes, que los pasados los cedo a la Nación y que desde el entrante me desquiten la mitad” (Gamarra 1899: 85).

No sabemos si los chilenos desconocen el territorio que invadirán o si serán aplastados por hombres como el Indefinido o como Juan Sin Miedo. Al remitirnos a aquello que el relato nos sugiere, notamos que los chilenos, más que una amenaza mortal o una desgracia que intensificará la crisis nacional, representan la oportunidad de una victoria casi asegurada que solucionará las rivalidades internas y unificará a todos los peruanos ante un enemigo común que habrá de “polarizar de una sola vez todos los antagonismos en un único y mismo adversario” (Girard: 1989: 87).

¹¹ El símbolo de exclamación correspondiente no aparece debido a un posible descuido del autor o un problema tipográfico.

La victoria, desde el punto de vista del protagonista, parece segura y el narrador, por su parte, nos sugiere que son los desheredados del sistema quienes encarnan el ideal del patriota peruano: “Dios y Patria, hijita [dice el protagonista], como decía el letrero del puente, vamos alégrate, conmigo, que si muero, no importa, tendrá mi hijo la gloria de haber sido hijo de un pobre; pero de un valiente, de un ciudadano honrado y patriota hasta los tuétanos” (Gamarra 1899: 85-86). Ya sea que viva o muera, el protagonista ya se siente, justificadamente o no, victorioso: “El Indefinido se ha olvidado de todos sus trabajos y ante el llamamiento de la Patria parece que se ha empujado para mirar el porvenir y que se halla a 20,000 pies de altura sobre el nivel de los demás” (Gamarra 1899: 86).

Siguiendo las ideas de Girard, podemos decir que para evitar la guerra civil, producto de la pérdida de la diferencia, hay que buscar una nueva víctima y organizar en torno a ella un nuevo sistema de diferencias. Ante el nuevo “chivo expiatorio” encarnado por el chileno, el Indefinido deja de ser el simple mártir sufrido. La víctima del desprecio de sus propios compatriotas se muestra en su nueva faceta de sacrificador capaz de rivalizar con el criollo peruano al momento de ejercer la violencia (sea esta para defender el suelo patrio o para defender a su propio colectivo social de los ataques de la élite) y esta equidad supone un conflicto potencial, una guerra civil o, en términos de Girard, una “multiplicación de las represalias” (1998: 22) que pondría en juego la existencia de la sociedad peruana.

El conflicto al interior de la sociedad peruana es latente, se percibe en la narración de “El Indefinido” y se comprueba en la revisión del contexto histórico. “Los costumbristas peruanos [como Gamarra] retrataron tanto las

frustraciones de la ascendente clase media [...] como las de la declinante clase alta. Sus descripciones nos presentan un Perú agobiado por problemas sociales y económicos” (Watson 1979: 54). Ciertamente, el narrador cumple con lo antes mencionado, pues retrata cómo la escandalosa pobreza material es lo que lleva al protagonista a una actitud temeraria de desafío al peligro mortal que lo vuelve “útil” para la patria. El Indefinido se muestra como un héroe libre y seguro de sí mismo, dispuesto a marchar hacia la victoria sin mostrar mayores reparos ante las condiciones en las que tendrá que luchar.

El protagonista, apenas se entera de la guerra, cederá medio sueldo al estado y se une a un batallón improvisado (como el que Juan Sin Miedo habrá de organizar en su momento). El protagonista dice: “La patria llama a todos sus hijos, [...], se acaba improvisar un batallón y me voy aunque sea de soldado raso [...]; los empleados del Ministerio han cedido el veinte por ciento de sus haberes; yo he dicho que me den mi sueldo de este mes, que los pasados los cedo a la nación y que desde el entrante me desquiten la mitad” (Gamarra 1899: 85). Los funcionarios del Estado (quienes seguramente, maltrataron a hombres como el Indefinido de manera continua) también ceden parte de sus haberes, lo cual nos hace pensar en la idea de un interés común que comienza a vincular a los distintos sectores sociales, hasta ese momento antagónicos. Así, el narrador prepara al lector para asimilar una nueva forma de construir una identidad nacional (que desplaza a la anterior). El nuevo sistema de diferenciación, basado en la diferencia de nacionalidad y ya no en la de la de clase, supone un nuevo tipo de víctima para el sacrificio: el chileno. En este caso, al igual que en el de “El Montonero” comprobamos que, en términos de Girard, “la ley diferencia y separa a los dobles potenciales; canaliza el deseo

mimético hacia metas que son realmente trascendentes en el sentido de que son exteriores a la comunidad[...] y no son divisivas” (1997: 92). El narrador nos sugiere que la violencia latente al interior de la nación peruana se verá saludablemente desviada hacia el extranjero.

El ciudadano de élite y el “subalterno” urbano pasan a constituir una unidad definida en oposición a un nuevo “chivo expiatorio”, el invasor chileno. La distinción básica entre el peruano opulento y el paupérrimo se mantiene. Sin embargo, ante la irrupción del enemigo extranjero, estas diferencias internas comienzan a mostrarse relativas. Una vez que se conoce la noticia de la guerra, la desgarradora descripción de la brecha social se detiene abruptamente. En lo que queda del relato, se describe la sociedad peruana como un lugar cuasi utópico en el que toda diferencia o conflicto ha desaparecido en un instante. Mientras las diferencias a nivel local (élite y sector popular) se reducen, las diferencias en términos de nacionalidad se resaltan en función de la circunstancia particular. El nuevo “chivo expiatorio” (o la nueva víctima) anuncia la esperanza de un nuevo sistema sacrificial que cohesione al nuevo “ciudadano modelo”: el peruano (sin distinciones de clase).

Capítulo 5:

Dualidad, violencia y heroicidad

En ambos relatos, veremos a un protagonista que se nos presenta en dos facetas, la de víctima y la de victimario, en las cuales la violencia aparece como principal elemento de continuidad. Percibiremos que cada una de las mencionadas facetas tiene algo de la otra: en su faceta de víctima, el protagonista tiene algo de héroe-victimario y en su faceta de héroe-victimario tiene también algo de víctima. Es “victimario” de sí mismo porque consiente su papel de víctima (se deja sacrificar por quienes, teóricamente, representan a la patria, lo que lo convierte en co-responsable de su propio sacrificio) y es “víctima” de sí mismo cuando asume su nuevo papel de victimario, porque al hacerlo se pone en una situación de alto riesgo (está decidido a sacrificar a los chilenos, aunque esto también suponga una vida de sacrificios propios del frente de batalla).

Vivir en medio del peligro (voluntariamente, y por la defensa de la patria) es lo que teóricamente debería convertir al Indefinido y al Montonero en héroes. En ambos relatos el protagonista presentará una doble disposición sacrificial, en tanto su condición de héroe (ya sea como mártir o martirizador) se definirá en función de su capacidad para atraer o dirigir la violencia, un elemento que articulará las facetas de víctima y victimario. Cada uno se mostrará como sacrificador y víctima al mismo tiempo y en todo momento, en medio de una dinámica en la que la violencia (entendida como proximidad con la muerte) define permanentemente su identidad y valía. Ahora bien, solo

podremos hablar de un héroe propiamente dicho en el caso del Montonero, ya que sólo él peleará por la patria sin esperar nada a cambio. En el caso de “El Indefinido” la condición heroica del protagonista resultará más debatible en tanto se sugiere que su entusiasmo por ir a pelear se debe simplemente a la paga que recibirá, gracias a la guerra.

5.1 El Montonero

5.1.1 Dualidad del protagonista en su faceta de víctima

Partiendo de un reconocimiento inicial de la situación degradante en la que se halla el colectivo indígena dentro del discurso criollo tradicional, el narrador marca distancia y se avoca a una enérgica negación de toda aquella caracterización negativa del indio al enfatizar que no es salvaje ni forajido, sino el marginado víctima de una civilización que no ha sabido “tenerle presente” (Gamarra 1899: 65). Si bien la idea del indio como “bárbaro” es rechazada, su condición de marginal ignorado por la civilización se mantiene.

El narrador apela a “nuestros compatriotas”(Gamarra 1899: 65) en nombre del indio excluido sin voz y pretende establecer una situación de “violencia fundacional” definida por la situación de exclusión, el desprecio, el olvido, el odio, y la censura en contra del indio. Ciertamente, la idea de una violencia “fundadora” entra en conflicto con la teoría de Girard, por lo que tomaremos esta idea como netamente simbólica. La idea básica del narrador es el presentar al indio como víctima de una violencia que no merece. Explicar

o investigar el origen de esta violencia en cierta medida, implicaría justificarla (pero eso no parece estar entre los intereses del autor).

La víctima sacrificial es, en cierta medida, heroica en tanto su propio sacrificio supone un invaluable servicio a la comunidad: rescatarla de una violencia interna de consecuencias catastróficas. “El sufrimiento y la degradación de una víctima, aunque no merecidos, constituyen entre los hombres [...] un principio de edificación moral, un tónico milagroso para el cuerpo social. [...]. La víctima propiciatoria se transmuta en droga maravillosa, temible sí, pero capaz de curar si se le suministra en dosis convenientes” (Girard 1989: 89). Así, encontramos en Juan sin Miedo a una víctima sacrificial que, sin embargo, tiene algo de heroico en tanto brinda (en principio) un invaluable servicio a la comunidad que lo excluye. Incluso cuando cumple el rol de víctima en el desarrollo del relato, el protagonista es, en parte, co-victimario de sí mismo.

El protagonista es víctima de una violencia teóricamente unánime en la que los criollos optan por excluir sistemáticamente a quienes perciben como extraños, pero lo que debemos resaltar en este punto es que no da señales de querer reclamar o vengarse de forma alguna, lo cual resulta revelador si tomamos en cuenta que las víctimas de los sacrificios se presentan siempre como extremadamente favorables a su propia inmolación (Girard 1989: 140) y que se exige que los “malditos” (en este caso, nuestro protagonista) den su bendición a la maldición que cae sobre ellos (Girard 1989: 141). Las posibilidades de que Juan Sin Miedo se convierta en un subversivo o, si quiera, se atreva a protestar abiertamente contra el orden establecido son, al juzgar por los datos que nos proporciona el texto, prácticamente nulas. Es evidente

que tiene la motivación y las agallas para rebelarse contra sus compatriotas opresores, pero no lo hace. Por tanto, en su faceta de víctima, el protagonista es en parte victimario de sí mismo y co-responsable por la situación de víctima en la que se encuentra.

5.1.2 Dualidad del protagonista en su faceta de victimario

Juan Sin Miedo está dispuesto a morir, pero, además, está dispuesto a matar. En este aspecto de su relación con la muerte ya no hablamos de una víctima, sino de un victimario. En la visión de Gamarra, es el hombre andino quien enfrenta la muerte cara a cara, mientras que el letrado criollo sólo aparece en la obra como un sujeto alejado de la batalla y ajeno al espacio de la heroicidad patriótica. El letrado aparece implícitamente mediante la alusión a sus características básicas (intelectualidad) como elemento de contraste con las de Juan Sin Miedo, un hombre de campo que no entra en disquisiciones filosóficas ni cálculos en torno a las posibilidades de victoria (Gamarra 1899: 67). El protagonista logra emboscar y aniquilar a los chilenos (Gamarra 1899: 72), pero a pesar de esta conversión en victimario, el personaje también tiene algo de víctima, en tanto es consciente de que para aspirar a destruir al invasor debe estar dispuesto a arriesgarse a morir en el campo de batalla (es decir, a sacrificarse).

El protagonista tiene una evidente disposición a morir que involucra, además, la disposición a sufrir y compartir el sufrimiento con sus camaradas de armas. En este caso, el indio pasa a ser una suerte de victimario de sí mismo,

en tanto está dispuesto a sufrir voluntariamente en nombre de la patria. Ello encaja en el marco teórico de Renan, quien considera al sufrimiento en común un factor unificador más poderoso que el júbilo y, siguiendo esta línea, afirma que donde las memorias nacionales están involucradas, las penas son más valiosas que los triunfos (1990: 19). La formación de una identidad nacional supone sacrificios y el narrador parece compartir dicha apreciación. En este caso, la disposición a morir, implícitamente aludida en la obra, realza la nobleza del personaje.

Si bien el indio es sistemáticamente atacado y denigrado por el criollo, no es el protagonista, sino el propio narrador, el que denuncia y busca generar indignación en el lector. Juan sin Miedo nunca expresa un ánimo abiertamente subversivo o revanchista. Simplemente, vive al margen del mundo criollo y, al enterarse de la guerra, decide defender a esa patria que lo maltrata e ignora. En él tenemos a una víctima de un orden establecido que no pone reparos al momento de continuar sacrificándose por el Perú, esta vez, en los campos de batalla. Él mismo se pone en una situación de riesgo mortal debido a su afán por aniquilar (o sacrificar) al extranjero. Sus acciones lo vuelven victimario del chileno, pero también de su propia persona en tanto se obliga a sí mismo a vivir en medio del peligro mortal de la guerra. En suma. Incluso cuando cumple el rol de victimario (del chileno), no deja de ser, en parte, víctima (de sí mismo). Para poder sacrificar al invasor debe sacrificarse a sí mismo, soportar las privaciones y riesgos propios de la guerra.

5.1.3 Proximidad con la muerte como generador de dignidad heroica

Siguiendo las ideas de Girard, podemos plantear que el sacrificio se halla ligado al heroísmo en tanto supone la salvación por medio del cuerpo de la víctima, una simiente que habrá de descomponerse para germinar y restaurar el orden anterior o crear uno nuevo (2002: 116), lo cual es justamente lo que el narrador nos propone: la creación de una nueva sociedad peruana más justa e inclusiva. Debemos precisar que “en los mitos el contagio irresistible convence a las comunidades unánimes de que sus víctimas son primero culpables y después divinas” (2002: 161) y, a su vez, las divinizaciónes míticas se basan en la aptitud de las víctimas para polarizar la violencia y aplacar los conflictos (2002: 163). Naturalmente, todo sacrificio implica, en mayor o menor grado, una aproximación de la víctima a la muerte, es decir, “la peor violencia que puede soportar un hombre” (Girard 1998: 39). En tiempos de paz, el Montonero se deja sacrificar pasivamente (lo cual lo vuelve co-victimario de sí mismo); en tiempos de guerra, se auto-sacrifica voluntariamente (porque sólo así puede aspirar a sacrificar a los chilenos). La muerte determina su función protagónica en el relato.

Examinemos dos de los rasgos propios del indio, o marcas de víctima, que lo hacen distinto al criollo para observar cómo es que influyen y determinan su fundamental proximidad con la muerte. El primero de ellos es la pasión, en oposición, claro está, a la fría racionalidad del criollo ilustrado. Al indio no le interesa si hay o no posibilidades de triunfo (Gamarra 1899: 67), pues no se trata de un ser en el que prime la “racionalidad” (como en el perfil del sujeto letrado criollo) sino la pasión: “No ha preguntado cuántos son los enemigos ni

ha meditado sobre las ventajas de sus armas con las que le han de acometer; le importan poco el número y las armas” (Gamarra 1899: 67). Se distancia de la figura del intelectual letrado y, por tanto, se nos muestra, en principio, como víctima ideal para el criollo, un “chivo expiatorio” cuyas diferencias con respecto al colectivo excluyente saltan a la vista. La manera en la que el personaje central enfrenta a la muerte resulta clave para comprender su doble condición de subordinado y, a la vez, de ejemplo patriótico. Juan Sin Miedo y sus hombres logran la victoria, precisamente, por tener las cualidades propias del sector excluido de la comunidad nacional. Poseen una subjetividad plena, no calculan las posibilidades ni racionalizan los riesgos, no filosofan ni hacen política. Lo único que tienen es devoción por la patria y la decisión de enfrentar y vencer al enemigo a cualquier costo. Todo ello, sumado a su dominio de la geografía andina, se traduce en una actitud de desafío ante la muerte que se deriva, a su vez, en actos heroicos. Su actitud ante la muerte es la manifestación definitiva de su “otredad indiferenciada” (como diría Montaldo 1999: 28), la cual se manifiesta en su carácter pasional y su dominio del espacio andino (elementos ajenos a la identidad criolla). En el caso particular de “El Montnero” el indio es presentado “como un héroe contra los chilenos” (Carrillo 1967: 22), vale decir, como un paradigma de patriotismo que surge ante la agresión de un enemigo externo. En la obra, vemos al indio patriota que “desenvuelve su estatura humana vertical gracias a virtudes autóctonas de ancestral prosapia” (Gallarreta 1972: 124).

El segundo rasgo de Juan Sin Miedo que someteremos a revisión es el hecho de ser paradigma del entorno rural (así como el intelectual criollo es paradigma del entorno urbano). El protagonista fue peón, pastor, leñatero y

cultivador de chacra (Gamarra1899: 67). Nos hallamos, pues, ante otro factor de diferenciación entre el perfil del letrado y el del “subalterno”. El primero está asociado al entorno urbano (criollo costeño y limeño) mientras que el segundo (Juan Sin Miedo) es un paradigma de la ruralidad (lo andino, en este caso). Como líder es astuto, domina el arte de la guerra así como el territorio andino. El protagonista “incidentalmente, se informa de los atropellos [...] que los soldados chilenos realizaban en los pueblos ocupados, y decide enfrentarse a los invasores [...]. Este ‘pobre indio’, ya como jefe de guerrilleros, [...] para cumplir su heroica misión, vive peligrosamente” (Galarreta 1972: 124). Juan Sin miedo valora la muerte del Gobernador como un gesto loable de patriotismo que asume como ejemplo e inspira sus futuras acciones. Ahora bien, vivir en el peligro resulta en un concepto clave en la caracterización del personaje y el discurso pro-indígena desarrollado en el relato. Es, precisamente, vivir en medio del peligro (voluntariamente, y por la defensa de la patria) lo que convierte a Juan Sin Miedo en héroe. El peligro que enfrenta el protagonista es el más extremo: perder todo cuanto tiene (su propia vida) en medio de la guerra. El protagonista, técnicamente, nunca deja de ser un hombre rural, un “chivo expiatorio” desde la perspectiva del criollo (por tanto, una víctima). Sin embargo, los mismos rasgos que lo marcaron como “chivo expiatorio”, le permiten y facilitan convertirse en un victimario ideal capaz de aniquilar (o sacrificar) al invasor extranjero. Obviamente, su nueva faceta de héroe depende de su capacidad para ser un victimario de los chilenos. Sabe matar, pero para lograrlo debe arriesgarse a morir. Por lo tanto, es justo decir que el protagonista, incluso en su faceta de héroe, no logra escapar de su condición inicial de víctima.

El protagonista se consume como héroe a partir de su doble disposición sacrificial: se ofrece a sí mismo en sacrificio en el campo de batalla y, a la vez, ofrece a los chilenos como víctimas del sacrificio. Atrae la violencia de la guerra hacia sí. Mantiene su condición inicial de víctima, pero con dignidad (una dignidad basada en su disposición sacrificial): al estar dispuesto a matar y morir, atrae la violencia, la guía, la organiza, la ordena, la ejecuta. Su carácter pasional y su dominio de la geografía andina, elementos básicos de su identidad (en oposición al criollo), lo llevan a una actitud desafiante ante el peligro mortal que el narrador destaca una y otra vez. Sin muerte (aunque sea sólo una posibilidad) no hay heroicidad, ni nobleza, ni dignidad, ni siquiera nación para Juan Sin Miedo. Sea víctima o victimario, el protagonista sólo será sagrado en tanto sea sacrificable. Si no está dispuesto a morir y a vivir peligrosamente (en medio de sus intentos por victimar a los invasores), no puede ser héroe. En esta situación opera una de las ideas clave de Girard: “Es criminal matar a la víctima porque es sagrada... pero la víctima no sería sagrada si no se la matara” (1998: 9). Es criminal matarlo, es criminal hacerlo sufrir, es criminal sacrificarlo, pero si esto no sucede, no sería sagrado. Sin la muerte, el protagonista es inviable como héroe e inexistente para el criollo. Su dignidad heroica depende de su condición sacrificial (sea como víctima pasiva del criollo o como victimario activo del chileno).

5.2 El Indefinido

5.2.1 Dualidad del protagonista en su faceta de víctima

En líneas anteriores, examinamos cómo la pobreza material del Indefinido, en sus múltiples manifestaciones, constituye una marca de identidad para la diferenciación entre la plebe y la élite urbanas. Lo que no debemos perder de vista es que muchas de las manifestaciones de pobreza en el personaje, además de representar marcas de identidad, constituyen pruebas de una violencia agresora que lo consagran como víctima sacrificial. No se trata de un caso particular, sino de un ejemplo específico de una situación de violencia social cotidiana que se produce de manera continua y sistemática. El agresor es el sistema social que victimiza, o sacrifica, continuamente a personas como el Indefinido para consolidar su propio poder. El narrador intenta enfatizar una situación de violencia definida por la exclusión, el desprecio, y la censura en contra del ciudadano de clase popular urbana. El Indefinido es la víctima de una violencia que no merece, manifestada en el discurso y actitudes de quienes lo discriminan.

La descripción física del Indefinido enfatiza en todo momento el carácter desfavorecido de su condición resaltando innegables marcas de pobreza que, al ser producto de la mezquindad de unos cuantos privilegiados, se constituyen, a su vez, en pruebas de violencia. Implícitamente se nos dice que no se trata de una situación natural atribuible a la suerte. Existe una fuerza o voluntad social que ha determinado quiénes y cómo habrán de ser sacrificados.

Recordemos que en Lima luchaba la “cultura plebeya” contra los potentados civiles (Ramón Joffré 1999: 48) y que, en medio de este conflicto, la

élite modernizante buscó definirse e imponerse a fin de acabar con la desorden plebeyo (Ramón Joffré 1999: 49-50). Como ya hemos visto en líneas anteriores, este “conflicto” se dio en condiciones desiguales debido a que el sector privilegiado ejercía, con ventaja, un enorme poder político y económico. Por lo tanto, es pertinente hablar de una situación de agresión no recíproca más que de un conflicto. Los sectores populares marginados son, en principio, víctimas que no pueden defenderse dada la desigual distribución de los recursos nacionales. En términos de René Girard, parecería que nos encontramos ante un esquema de sacrificio edificador de violencia unánime que, en teoría, debería anular a la “violencia recíproca” (1998: 150) en la medida que es emprendido contra un colectivo que, en principio, no tiene posibilidades reales de defenderse: el sector popular urbano.

La élite, como ya hemos visto, se encontraba en un proceso de expansión manifestado en el desplazamiento sistemático de la plebe mediante la satanización de lo popular (Joffré 1999: 67)¹² y el discurso segregacionista se desarrolló de manera paralela a condiciones igualmente desiguales de distribución de la riqueza (Mc Evoy 1997: 185-186)¹³, una realidad que hombres como nuestro protagonista sufrían en carne propia. El personaje

¹²Cabe recordar que Gabriel Ramón Joffré refiere que, desde la década de 1850, la consolidación de la élite limeña coincidió con las primeras evidencias de un proyecto urbano que podía leerse como un ataque de la élite contra los grupos subordinados, en medio de un contexto en el que se reforzaron las intervenciones contra los ocupantes indeseables de las calles para retirar a la plebe que, con sus actitudes, arruinaba el espectáculo de la ciudad formal. Gabriel Ramón Joffré. La muralla y los callejones: intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX. Lima: SIDEA: Prom Perú, 1999, p. 67.

¹³Recordemos que Carmen Mc Evoy nos plantea que, durante la década de 1870, los fenómenos combinados de devaluación e inflación habrían de empobrecer aun más a la temida plebe urbana y que dicha situación se manifestó en el deterioro de las condiciones de vida que padecían los sectores urbanos nacionales como trabajadores parados, artesanos pauperizados y militares impagos. Carmen Mc Evoy. La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919). Lima: PUCP. Fondo Editorial, 1997. p. 185-6.

muestra como víctima de un ataque sistemático antes que como un miembro de una fuerza social que lucha contra otra en un contexto de violencia recíproca.

Tal como mencionamos en líneas anteriores, la condición degradada del cuerpo y de los elementos de la vestimenta constituye, además de una marca social del personaje, un innegable testimonio de agresión en el cual el narrador hace énfasis al mencionar que su levita fue, alguna vez, una elegante casaca y está teñida al igual que su pantalón bombacho (Gamarra 1899: 79). En ambos casos, se trata de prendas que presentan marcas de un uso continuo y del paso del tiempo, materiales degradados (por no decir, agredidos) que, a duras penas se mantienen en condiciones dignas.

Una vez que llega el amigo, lo primero que pregunta nuestro protagonista es si ya pagaron los sueldos y le contesta que todavía no (Gamarra 1899: 80). El pobre hombre resulta postergado por un poder sin rostro que le niega su justa remuneración.

El hogar del Indefinido es una casona antigua y descuidada (Gamarra 1899: 80). Recordemos que el entorno doméstico puede considerarse un testimonio de agresión que podemos definir como una “segregación residencial” a través de la cual la élite propició que la plebe se fuera refugiando en los arrabales del orden, los espacios más baratos (Ramón Joffré 1999: 138-139). El narrador compara el lugar con un sepulcro y nos menciona que el nivel de deterioro anuncia un trágico final para quienes habiten en dicha construcción (Gamarra 1899: 81). Esta forma de descripción del espacio, con su evidente carga simbólica, enfatiza la idea de violencia en su máxima expresión: la muerte.

El dueño de la casa está reclamando por la renta, y ninguno de los miembros de la familia ha almorzado (Gamarra 1899: 82). La violencia (del hambre) victimiza a la familia en su conjunto. El Indefinido le da a su mujer la moneda que su amigo le entregó en la heladería; para ahorrar, les hace creer que ya almorzó (Gamarra 1899: 82) y así atrae la violencia (la agresión del hambre) hacia sí mismo: se auto-sacrifica por sus hijos.

El protagonista hace más explícita su situación al lamentar su condición menesterosa mientras otros ciudadanos disfrutaban de una vida de riqueza (Gamarra 1899: 83), aunque no parece dispuesto a hacer algo más que sufrir pasivamente. La frase del personaje puede leerse como una acusación indirecta que parece señalar a un gran “otro”, un poder sin rostro que representa lo que no se tiene y se desea, aquellos que viven en la opulencia mientras permiten (o provocan) que otros sufran en un estado de permanente postergación. La pobreza constituye el sacrificio que la élite impone a sus víctimas. Se segrega a quien lleva la marca de la pobreza y se le sacrifica empobreciéndolo más de lo que ya es.

El énfasis en la agresión contra los marginales no queda allí. El narrador se dedica a describir la agresión aludiendo a manifestaciones más concretas de la misma. Cuando el Indefinido se dirige a Palacio, se comienza a describir la angustiosa cotidianidad de su sufrimiento. Ir a reclamar sus derechos lo arriesga a sufrir nuevos maltratos por parte del centinela y los buscones (Gamarra 1899: 84), quienes ejercen una violencia contra el protagonista que puede tener diferentes lecturas. Por un lado, estos personajes pueden considerarse como seres vinculados a la élite al ejercer violencia, en su nombre, contra un marginal; por otro, pueden considerarse miembros del

mismo sector marginado que hacen sufrir o sufren con el Indefinido, dependiendo de la circunstancia, mientras pelean entre sí por sobrevivir. En cualquier caso, el protagonista es siempre víctima de algún tipo de agresión. Al acudir a la Caja Fiscal, el Indefinido se expone a que “los encopetados, que entran y salen tras adulaciones palaciegas, le desprecien” (Gamarra 1899: 84). El narrador culminará su lista de agresiones contra su protagonista diciendo: “no falta quien en vez de una razón le da una bofetada” (Gamarra 1899: 84).

El Palacio se constituye en una suerte de espacio sagrado asociado al poder y al orden imperante en el que la élite impone su voluntad y el marginado debe aceptarla. Este espacio es el signo del poder, del orden y de la diferencia. En su análisis de “El extranjero”, Girard plantea que “los empleadillos son víctimas potenciales y reales de nuestras sociedades modernas. Como otros miembros de su clase, Meursault es vulnerable a una multitud de males sociales que se extienden desde la guerra hasta la discriminación social y económica” (1997: 33). La pobreza material, con todas las situaciones que de ella derivan, además de constituir una marca de identidad, es también una prueba de la violencia que convierte al marginal en víctima permanente de sacrificio.

La víctima sacrificial (antes de asumir su nuevo rol de victimario) es, en cierta medida, heroica en tanto su propio sacrificio supone un invaluable servicio a la comunidad conformada por los miembros de la élite: rescatarla de una violencia interna de consecuencias catastróficas. El Indefinido encaja en dicho perfil y su sistemática victimización, en teoría, trae unidad e identidad para la comunidad de élite que lo excluye, tal como sucede con aquellas víctimas de los sacrificios que se presentan siempre extremadamente

favorables a su propia inmolación (Girard 1989:140). Nos encontramos ante una víctima sacrificial que, sin embargo, tiene algo de heroico en tanto brinda (en principio) un invaluable servicio a la comunidad que lo excluye.

El protagonista del relato es víctima de una violencia teóricamente unánime en la que una élite opta por excluir sistemáticamente a quienes percibe como ajenos a su clase. Además, el protagonista no da señales de querer reclamar o vengarse de alguna manera. Básicamente, se aferra a la esperanza de que el Estado cumpla con pagarle. Las posibilidades de que se convierta en un subversivo o, si quiera, proteste abiertamente contra el orden establecido son prácticamente nulas. Es evidente que tiene la motivación y las agallas para rebelarse contra sus compatriotas opresores, pero no lo hace. Por tanto, en su faceta de víctima, es en parte victimario de sí mismo y co-responsable por la situación de víctima en la que se encuentra. Prueba de ello es su actitud al momento de declararse la guerra: ir a luchar contra un extranjero en nombre de un compatriota que lo agrade todos los días. En suma, incluso cuando cumple el rol de víctima de la élite en el desarrollo del relato el protagonista es, en parte, co-victimario de sí mismo.

5.2.2 Dualidad del protagonista en su faceta de victimario

La pobreza marca al Indefinido como “sacrificable”, como víctima por excelencia, pero él es también un potencial sacrificador de una nueva víctima: el chileno. Ante la inminencia de la guerra, el sufrido protagonista se comporta de una manera sorprendentemente distinta. Cambia la melancolía por el gozo.

Tal como planteamos en líneas anteriores, a pesar de ser una víctima de continua violencia en su propio país, su alegría ante el anuncio de una violencia mayor que amenaza con llegar del país vecino resulta inquietantemente abrumadora, especialmente, cuando se muestra dispuesto a ir a pelear “aunque seade soldado raso”(Gamarra 1899: 85).

En su faceta de héroe o victimario, el protagonista tiene una evidente disposición a aniquilar al enemigo externo que involucra, además, la disposición a sufrir y a compartir el sufrimiento con sus futuros camaradas en el campo de batalla.

Estamos ante un cambio radical no sólo del estado de ánimo del personaje, sino también del papel que cumplirá en lo sucesivo. Ya no habla ni se entiende a sí mismo como víctima, sino como victimario orgulloso. Ha llegado el momento de ser él quien ejerza la violencia, pero también el de recibir, por fin, el anhelado pago. Ahora bien, ser “héroe” supone también la posibilidad de comer y es eso lo que, en realidad, le entusiasma. Aunque está dispuesto a servir a la patria (como todo héroe), también está pensando en servirse a sí mismo. Sin embargo, sus legítimas necesidades personales insatisfechas no se terminan con el inicio de la guerra, como tampoco terminará su condición de víctima.

Ser “héroe” supone también una nueva forma de ser víctima, un cambio y, a la vez, reafirmación de dicha condición, la cual no desaparece, sino que se transforma. Ya no se trata de una violencia aplicada por otros, sino de una auto-infligida. Como héroe ejemplar, está dispuesto a sacrificarse (al mismo tiempo que sacrifica a los chilenos) en nombre de la patria: “yo he dicho que me den mi sueldo de este mes, que los pasados los cedo a la nación y que

desde el entrante me desquiten la mitad” (Gamarra 1899: 85). Es evidente que la violencia marca la condición heroica-victimaria del personaje así como marcó su condición de víctima. El Indefinido atrae la violencia hacia sí. No deja de ser (por voluntad de otros o por la propia) un objeto de sacrificio. Como soldado, es capaz de sacrificar al enemigo y a sí mismo en el intento: “alégrate conmigo [dice a su esposa], que si muero, no importa, tendrá mi hijo la gloria de haber sido hijo de un pobre; pero de un valiente, de un ciudadano honrado y patriota hasta los tuétanos” (Gamarra 1899: 85-86).

Si bien el Indefinido es sistemáticamente atacado y denigrado, nunca expresa un ánimo abiertamente subversivo o vengativo. En él tenemos a una víctima de un orden establecido que no pone reparos al momento de continuar sacrificándose por el Perú, esta vez, en medio de sus afanes por aniquilar al enemigo en los campos de batalla. En suma, incluso cuando cumple el rol de victimario (del chileno), no deja de ser, en parte, víctima (de sí mismo). Para poder sacrificar al invasor debe sacrificarse a sí mismo soportando las privaciones y riesgos propios de la guerra.

5.2.3 Proximidad con la muerte como generador de dignidad heroica

A partir de lo dicho por Girard, podemos plantear que el sacrificio se halla estrechamente ligado al heroísmo en tanto supone la salvación de la comunidad. Naturalmente, todo sacrificio implica, en mayor o menor grado, una aproximación a la muerte. El Indefinido no es ajeno a la posibilidad de morir, pues ella determina su función de protagonista en el relato y su condición de paradigma patriótico que surge ante la agresión de un enemigo externo. Ambas

identidades, la de víctima y la de victimario, se definirán en función de la misma violencia potencialmente mortal.

Vale la pena examinar el rasgo básico, o marca de víctima, que hace distinto al Indefinido del ciudadano de élite para observar cómo es que influye y determina su fundamental proximidad con la muerte. Su vivienda es precaria y el narrador no pierde la oportunidad de enfatizar el peligro mortal que supone el habitar en ella. Tal como hemos visto, esta situación es producto de la situación de pauperización a la que los sectores populares urbanos se encontraban sometidos. La violencia se manifiesta en una deliberada exclusión económica y social emprendida por la élite contra los sectores populares. Al llegar el momento, el protagonista no lo piensa dos veces antes de decidir ir a la guerra. La manera en la que el personaje central enfrenta a la muerte resulta clave para comprender su doble condición de marginal y ejemplo patriótico a la vez: se lanza a pelear debido, precisamente, a que posee una cualidad que lo tipifica como marginal: tener, en términos materiales, poco o nada que perder.

El protagonista se “transforma” en héroe a partir de su doble disposición sacrificial. Se ofrece a sí mismo en sacrificio (al arriesgar su vida en los campos de batalla) y, a la vez, ofrecerá a los chilenos como víctimas del sacrificio. Atrae la violencia de la guerra hacia sí: está dispuesto a matar para vivir y a morir para poder matar. Es precisamente, vivir en medio del peligro (voluntariamente, y por la defensa de la patria) lo que convierte al protagonista en “héroe”. A su vez, es dicha condición de héroe la que dignifica al personaje constituyéndose, así, un discurso de defensa y desagravio por parte del narrador.

Ahora bien, debemos recalcar que el ser un héroe potencial no le permite escapar de su condición de víctima; por el contrario, la renueva y

reafirma dejando en claro la degradante e injusta situación en la que hombres como él se ven obligados a vivir. Por otro lado, la mera conveniencia personal no es ajena al juicio del Indefinido: ser héroe resulta más conveniente que ser víctima, pero esta nueva condición también le impone una nueva forma de ser víctima. El gran logro al que aspira este “héroe” es el de vivir con algo menos de indignidad, en medio de su pobreza, aunque para ello deba sacrificarse, ya no en la ciudad, sino en un campo de batalla. Por más que adopte rasgos de héroe, su condición es la de una víctima, un héroe triste, un esclavo que sufre injustamente, pero se siente libre cuando el amo (el Estado) le ofrece algunas migajas a cambio de nuevos (y quizá mayores) sacrificios. Está dispuesto a matar, pero para lograrlo, debe estar también dispuesto a morir, a vivir peligrosamente. Incluso en su faceta de héroe victimario, no logra escapar de su condición de víctima: él es dual, una víctima pasiva de violencia y un victimario ejecutor de la misma.

La idea de la muerte es central en la existencia del Indefinido como héroe potencial. Su pobreza material marca su identidad, en oposición al ciudadano de élite, y lo lleva a una actitud desafiante ante el peligro mortal que el narrador destaca continuamente. Sin la muerte (aunque sea sólo como posibilidad) no hay heroicidad ni dignidad heroica para el protagonista. Es criminal matarlo, hacerlo sufrir y sacrificarlo, pero si esto no sucede, como diría Girard, la víctima “no sería sagrada” (1998: 9). Sea víctima o victimario, él sólo es sagrado porque es sacrificable. Si no está dispuesto a morir (es decir, a sacrificarse en medio de sus intentos por victimar a los invasores), no puede ser héroe ni sagrado. Su valía depende de su condición sacrificial (sea como víctima pasiva del compatriota o como victimario activo del extranjero). Su

dignidad heroica (real o aparente) es directamente proporcional a su proximidad con la muerte.



Conclusiones:

La compilación, *Rasgos de Pluma*, sin duda importante y necesaria, no es una obra en sí misma, sino la acumulación de obras (los relatos costumbristas) que, a pesar de su breve extensión, constituyen piezas independientes con una singularidad y autenticidad quemerecen un análisis individual. Relatos como los analizados demandan un examen literario e historiográfico para comprender su significado en toda su dimensión, desde la crítica social hasta el uso de la violencia como eje temático articulador.

En ambos relatos, las ideas de René Girard nos han permitido esclarecer la multiplicidad y complejidad de significados presentes en estos dos breves, y aparentemente simples, relatos de heroísmo. La violencia juega un papel decisivo en la perspectiva del narrador, pues constituye el tema base del discurso a través del cual denuncia los vicios de un sistema sacrificial imperante (basado en diferencias raciales o de clase) y sugiere la necesidad de otro nuevo (basado en la diferencia de nacionalidades).

El orden social descrito al inicio de cada relato se basa en una diferencia insuficiente e injusta que, en última instancia, generará una violencia intestina. Sin embargo, la aparición de la amenaza extranjera se da en el momento preciso, justo cuando es más necesario que nunca encontrar un elemento foráneo hacia el cual re-direccionar la potencial violencia fratricida. La solución es la toma de conciencia sobre la existencia de un nuevo “chivo expiatorio” que se define ya no en términos raciales, culturales o económicos, sino nacionales.

En otras palabras, el remedio para la violencia entre peruanos es la violencia contra los invasores extranjeros (chilenos).

Paradójicamente, es el enemigo el que enseña cómo se debe ser y qué se debe hacer para convertir al Perú en una verdadera nación: cohesionarse lo suficiente como para poder llevar la violencia más allá de las fronteras, en contra del extranjero. No estamos, pues, ante la anulación definitiva del sistema sacrificial basado en la diferencia, sino ante su reformulación a partir de una nueva diferencia que supone sustituir un tipo de víctima sacrificial por otro. Gamarra rechaza el sistema de diferencias que aplica violencia sistemática contra los peruanos desfavorecidos. Sin embargo, su propuesta de solución no escapa del esquema fundamental de violencia sacrificial: no constituye el final de la violencia, sino la reformulación y refundación de la misma.

Los protagonistas, cada uno en su doble faceta, se definen a partir de la forma en la que se relacionan con la violencia. Como mártires, despiertan compasión; como guerreros, admiración. Ambos personajes requieren de la violencia (en tanto víctimas o ejecutores de la misma) para asumir plenamente su rol protagónico. Los dos son víctimas de un orden social en decadencia y victimarios en un nuevo orden potencial.

El narrador critica, principalmente, a una sociedad (la peruana) que, en tiempos de paz, mantiene una violencia estructural inadmisibles. En última instancia, censura una consecuencia de dicha situación que se hará evidente con la irrupción del chileno: la denigrante necesidad que tienen los marginados de perpetuar su propio sacrificio en el campo de batalla para poder ganarse un reconocimiento que les corresponde por derecho de nacimiento. El hecho de

ser “héroe” no permite a ninguno escapar de su condición de víctima, sino que la renueva y reafirma. No pueden librarse de la violencia si desean aspirar a un lugar más digno en la sociedad. Los relatos examinados enfatizan una paradoja que resulta clave: vidas que no valen en tanto no sean sacrificables, héroes que no pueden existir como tales en tanto no estén dispuestos a aceptar, en última instancia, su propia destrucción, pues sus vidas sólo adquirirán valor en tanto estén dispuestos a sacrificarlas (como víctimas en tiempo de paz o victimarios en tiempo de guerra). La mayor infamia no es la injusta situación en la que, en tiempos de paz, se encuentran los marginados, sino esa única “solución” que el sistema que los margina les ofrece: para poder convertirse en victimarios (y héroes), deben estar dispuestos a continuar sacrificándose, a mantener (y reafirmar) su condición de víctima.

Obras citadas:

1. ALEGRÍA, Ciro. "Vigencia popular de 'El Tunante'". En GALARRETA, Julio (compilador). Homenaje a Abelardo Gamarra. Lima: [s.n.], (1974): 81-83.
2. BASADRE, Jorge. Historia de la República del Perú [1822-1933]. Volumen 7. Lima: El Comercio, 2005.
3. CARRILLO, Francisco. "Abelardo Gamarra Indigenista". Alpha: Revista Literaria de los Amigos del Arte. Año 3.12 (1967): 21-24.
4. CAVIERES, Eduardo. Chile-Perú, la historia y la escuela: conflictos nacionales, percepciones sociales. Valparaíso: Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2006.
5. CORNEJO POLAR, Jorge. El costumbrismo en el Perú. Lima: Copé: Petroperú, 2001.
6. DELGADO Washington. Historia de la literatura republicana: nuevo carácter de la literatura en el Perú independiente. Lima: Rikchay, 1984.
7. FERNÁNDEZ, Justo. Abelardo Gamarra, su vida y su obra. Cuzco: [s.n.], 1954.
8. GAMARRA, Abelardo. Rasgos de Pluma. Lima: Víctor A. Torres, 1899.
9. GALARRETA, Julio. Abelardo Gamarra en la crítica literaria. Lima: P.L. Villanueva, 1972.
10. GALARRETA, Julio. El Perú en Abelardo Gamarra. Lima: Trilce, 1951.
11. GIRARD, René. La ruta antigua de los hombres perversos. Traducción de Francisco Díez del Corral. Barcelona: Anagrama, 1989.
12. GIRARD, René. La violencia y lo sagrado. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 1998.
13. GIRARD, René. Literatura, mimesis y antropología. Traducción de Alberto L.

- Bixio. Barcelona: GEDISA, 1997.
14. GIRARD, René. Mentira romántica y verdad novelesca. Traducción de Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama, 1985.
15. GIRARD, René. Veo a Satán caer como el relámpago. Traducción de Francisco Díez del Corral. Barcelona: Anagrama, 2002.
16. HOLGUÍN, Oswaldo. “El indio valeroso en la literatura de la Posguerra con Chile”. La república de papel. Comp. Marcel Velásquez. Lima: Universidad de Ciencias y Humanidades, Fondo Editorial, 2009. 235-273.
17. MANRIQUE, Nelson. Las guerrillas indígenas en la Guerra con Chile: campesinado y nación. Lima: Centro de Investigación y Capacitación, 1981.
18. MARIÁTEGUI, José Carlos. 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. Lima: Amauta, 1992.
19. MÉNDEZ, Cecilia. Incas sí, indios no: Apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000 (Documento de trabajo 56, Serie Historia 10).
20. MILLONES, Iván. “Odio y venganza: Lima desde la posguerra con Chile hasta el Tratado de 1929”. El odio y el perdón en el Perú: siglos XVI al XXI. Ed Claudia Rosas. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.
21. MONTALDO, Graciela. Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina. Buenos Aires: Beatriz Viterbo 1999.
22. Mc EVOY, Carmen. La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919). Lima: PUCP. Fondo Editorial, 1997.

23. Mc EVOY, Carmen. Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico. Lima: Centro de Estudios Bicentenario, 2011.
24. OLIART, Patricia. Poniendo a cada quien en su lugar: estereotipos raciales y sexuales en la Lima del siglo XIX. Austin: [s.n.], 1993.
25. PALMA, Ricardo. Cartas a Piérola. Sobre la ocupación chilena de Lima. Lima: MillaBatres, 1964.
26. PUCCINELLI, Jorge. “Abelardo Gamarra, ‘Pancho Fierro’ de nuestras letras”. Homenaje a Abelardo Gamarra. Comp. Julio Galarreta. Lima: [s.n.], 1974. 75-79.
27. RAMÓN JOFFRÉ, Gabriel. La muralla y los callejones: intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX. Lima: SIDEA: Prom Perú, 1999.
28. RENAN, Ernest. “What is a nation”. Nation and narration. Ed. Homi K. Bhabha. London and New York: University Press, 1990. 8-22.
29. SÁNCHEZ, Luis Alberto. “Abelardo Gamarra”. En GALARRETA, Julio, (compilador). Homenaje a Abelardo Gamarra. Comp. Julio Galarreta. Lima: [s.n.], 1974. 49-53.
30. SPIVAK, Gayatri Chakravorty “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”. Trad. José Amícola. Orbis Tertius. Volumen. 3, Número 6. (1998): 175-235.
31. WATSON, Maida. El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1979.